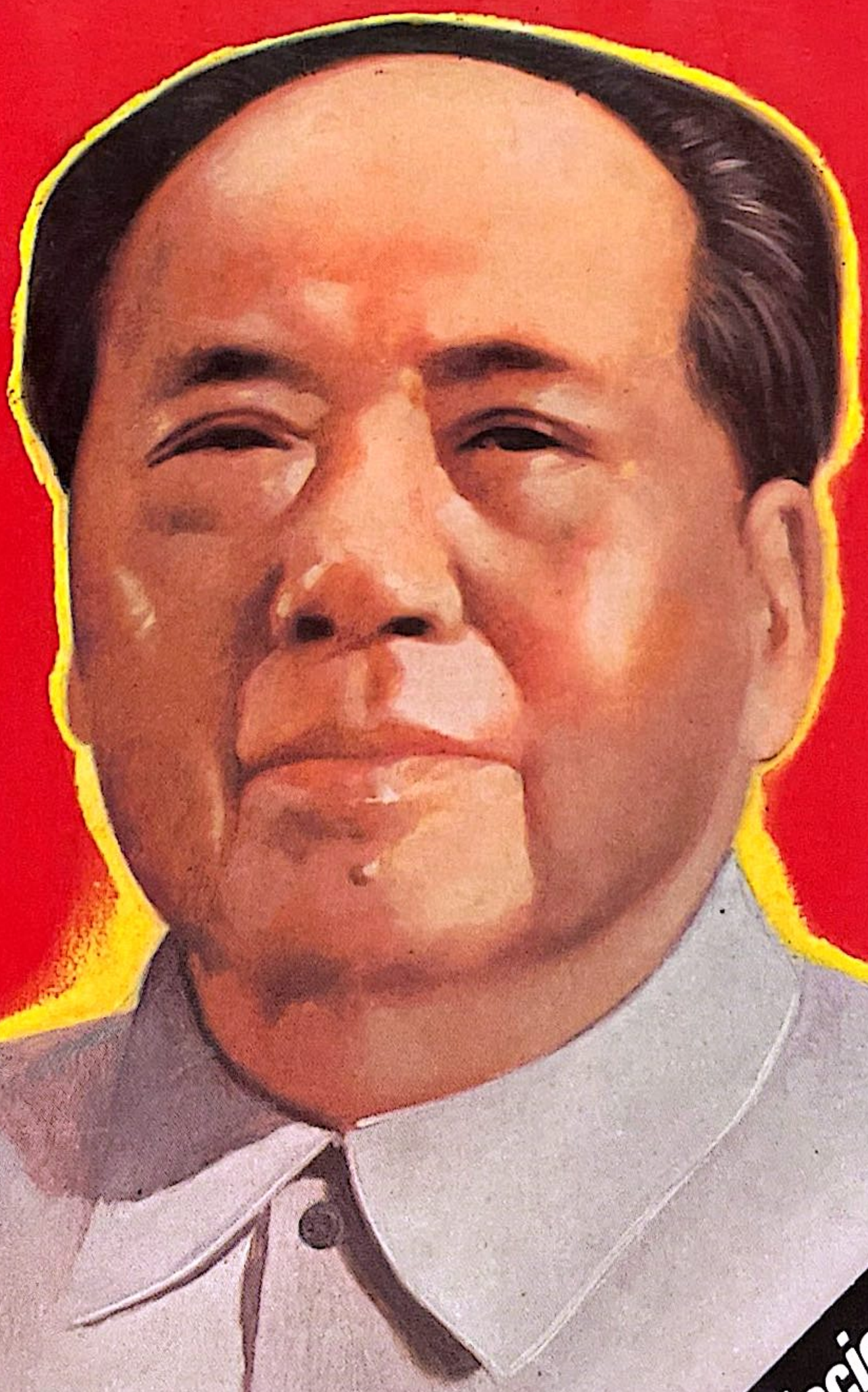
EL TESTAMENTO DE

MAO

y el porvenir del mundo



Revelaciones capitales hechas a Gérard Boulakian

EL TESTAMENTO DE MAO

y el porvenir del mundo. Revelaciones capitales hechas a Gérard Boulakian por un guardia de la Ciudad Prohibida.

En la República Popular China, la divulgación de los secretos de Estado constituye un grave delito, castigado con la pena de muerte. De aquí que muchos chinos mantengan la boca cerrada, de un modo especial aquellos que están mejor informados, ya que nadie sabe exactamente cómo fijar un límite a tales secretos de Estado.

Sin embargo, existe una obligación todavía mayor, que dejó bien clara Mao Tsé Tung y, según la cual, todo verdadero militante revolucionario al servicio del pueblo debe saber,

(Continúa en la 2.ª solapa)

cuando la situación lo imponga, «ir a contracorriente». Posteriormente insistiría en ello Wang Hong-Wen, el joven obrero revolucionario de Shanghai, durante el X Congreso, celebrado en 1973: «Cuando lo que se pone en entredicho es la línea, la situación en su conjunto, un verdadero comunista debe actuar sin ninguna consideración egoísta, atreverse a ir a contracorriente, sin miedo a ser destituido, excluido del partido, encerrado en la cárcel, obligado al divorcio e incluso ser pasado por las armas.»

Las sensacionales revelaciones hechas a Gérard Boulakian por un guardia de la Ciudad Prohibida arrojan no poca luz sobre el pensamiento de Mao respecto a la futura estructuración del mundo y al papel de China en todos los acontecimientos a nivel planetario.

SIRVENSAE Barcelona

EL TESTAMENTO DE MAO

y el porvenir del mundo

Revelaciones capitales
hechas a Gérard Boulakian
por un Guardia de la Ciudad Prohibida

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

Título original:
LE TESTAMENT DE MAO ET L'AVENIR DU MONDE

Traducción de
MARGARITA CASAS MERIZ

Portada de
DOMINGO ALVAREZ

Primera edición: Abril, 1977

© J. P. Delville
© 1977, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)
Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LE TESTAMENT DE MAO ET L'AVENIR DU MONDE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-80550-3 — Depósito Legal: B. 17.550 - 1977

ÍNDICE

PRÓLOGO 11

PRIMERA PARTE

EL TESTAMENTO DE MAO 12

SEGUNDA PARTE

EL PORVENIR DEL MUNDO 97

TERCERA PARTE .

MAO VISTO POR... 139

APÉNDICE 153

UN LÍDER PARA CHINA

MAO, SU OBRA Y SU ENTORNO . . . 157

El Presidente Mao es un genio.

LIN PIAO - mayo de 1966

Abusa Mao de la confianza y de la posición que le ha concedido el pueblo, va a contrapelo de la historia...
no es un verdadero marxista, sino un discípulo de Confucio...
Sale poco, se ocultan sus actividades y el sistema de seguridad es imponente...
¡Abajo el Tsinshi Huang de los tiempos modernos!

LIN PIAO - marzo de 1971

Se ignoran muchas cosas de las relaciones entre Mao Tsé Tung y Lin Piao.

ALAIN BOUC - 1975

PRÓLOGO

En la República Popular China, la divulgación de los *secretos de Estado* constituye un delito con agravante desde las leyes de los tres y los cinco Anti de 1952, destinadas a reprimir la contrarrevolución. Este delito se castiga con pena de muerte. Esto, por supuesto, mantiene cerrada la boca de muchos chinos, principalmente la de aquellos que están mejor informados, ya que nadie sabe exactamente cómo fijar un límite a esos secretos de Estado.

Sin embargo, existe una obligación todavía mayor, detallada por Mao Tsé Tung, según la cual todo verdadero militante revolucionario al servicio del pueblo debe saber, cuando la situación lo imponga, «ir a contracorriente». El presidente Mao Tsé Tung la expresó claramente en 1958, en su discurso de Chengtu, y fue luego reiterada por Wang Hong-Wen, el joven obrero revolucionario de Shanghai, en el X Congreso de 1973: «Cuando es nada menos que la línea, cuando es la situación en su conjunto la que está en juego, un verdadero comunista debe obrar sin ninguna consideración egoísta, atreverse a ir a contracorriente, sin miedo de ser destituido, exclui-

do del Partido, arrojado en prisión, obligado al divorcio o a ser pasado por las armas.»

Además, como con razón lo subraya Han Suyin en *El primer día del mundo,* la nueva Constitución del Estado, de enero de 1975, «garantiza el derecho a expresar libremente las opiniones y a exhibirlas por medio de carteles en las paredes; garantiza libertad de palabra, el secreto de la correspondencia, la libertad de religión, de asociación, de manifestación y de huelga. Este último derecho se incluyó precisamente gracias a la intervención personal de Mao».

Por último, y es una ventaja, Mao Tsé Tung, aunque admite la necesidad de la pena capital, propuso con el término de «política de los dieciséis caracteres» un sistema que permite disminuir el número de ejecuciones. Según este principio, el condenado a muerte obtiene un sobreseimiento de ejecución de dos años. Durante este tiempo, el condenado debe realizar un trabajo forzado, al término del cual una comisión especial juzga los resultados, la eficacia y la calidad de su reeducación. Si se considera que los resultados son suficientes, se perdona al condenado y a continuación puede ser rehabilitado; en caso contrario, se le asignan nuevos períodos de reeducación.

En definitiva, la obligación de reserva, la obligación de hablar y obrar, la clemencia de los jueces y las posibilidades de redención del condenado hacen que buen número de chinos lúcidos y conscientes de sus deberes humanitarios y revolucionarios debieran hablar. Hasta ahora nunca lo habían hecho,

pero mañana sin duda lo harán, ya que uno de ellos lo ha hecho aquí. Las razones que llevaron a este hombre a hablar y actuar debían de ser muy importantes. Dejemos al lector, único juez verdadero, la alegría de ir conociendo, el cuidado de descubrir; cedamos la palabra al guardia Li.

G. B.

Nos ha parecido imprescindible explicar al lector, en forma resumida, cuál es la imagen oficial que se ha venido dando hasta ahora de los principales protagonistas de la gran revolución proletaria china. Con este fin, hemos incluido un apéndice al final de la obra.

PRIMERA PARTE

EL TESTAMENTO DE MAO

Después de mí, mis hijos; después de los hijos, los nietos; las generaciones se irán sucediendo así indefinidamente. Por muy altas que sean estas montañas, ya no podrán crecer más, pero sí disminuirán con cada golpe de pico, ¿por qué, pues, no podríamos llegar a aplanarlas?

Cómo desplazó Yukong las montañas

MAO TSÉ TUNG

Sin temor a las olas ni el viento.

MAO TSÉ TUNG

Permanecerás vivo en nuestro corazón a través de los siglos.

LI

A vosotros, a ellos, a todos:

¡La guerra es inevitable! Pero China y el pueblo chino no cesarán de interrogar al mundo.

No tienen ellos la respuesta a vuestras preguntas, pero os abrumarán con la pregunta, ya que deberán hacerse la pregunta permanente *a la que los proletarios de todos los países —soldados, campesinos, estudiantes, obreros— no habrán dejado de aportar sus respuestas. En esta gran busca revolucionaria que barrerá los mitos y las utopías igual que la tempestad arranca los árboles que ocultan el horizonte y levanta la arena en la que se crean los espejismos, la proa de nuestro gran navío nunca debe estar orientada hacia un norte intangible: puesta y mantenida a la izquierda y en sentido inverso, nos permitirá navegar lo más cerca posible de la revolución y de la expansión del proletariado, mediante la construcción de una China fuerte y soberana.*

Maniobrando colectivamente y sin miramientos, aquellos que, por la noche, en el corazón de la Ciu-

dad Prohibida —camaradas todavía anónimos, mis hijos o compañeros de ruta dispersos y olvidados—, tomarán el relevo infatigables, evitarán que el navío ponga rumbo hacia los escollos de la tierra tranquila, hacia la cual, incansablemente, tratarán de atraerlo las sirenas del revisionismo. En esta tierra asediada en la que moran los demonios del capitalismo, algunas bestias colosales, aunque solitarias, podrán, sin embargo, serviros de aliados objetivos...

EL TESTAMENTO DE MAO

LI. — Cuando el otro día descubrí ese papel arrugado y solitario en la papelera que el camarada Mao tenía bajo su mesa de trabajo, me pregunté qué lo habría podido impulsar a tirar esa página admirable por su lucidez y valentía, totalmente de acuerdo con la justa línea desarrollada bajo su égida por la junta política del Comité Central del Partido pocas semanas antes de los acontecimientos de la plaza Tien-An-Men.

G. B. — ¿Quiere decir que unos días antes de su muerte, el presidente Mao Tsé Tung había querido renunciar a la línea desarrollada a partir de la revolución cultural por la lucha en profundidad contra las intrigas contrarrevolucionarias y revisionistas de Liu Shao-Chi, de Lin Piao y, más recientemente, de Teng Hsiao-ping?

LI. — No, creo que no hubo cambio alguno en su espíritu.

G. B. — ¿Ni siquiera un mínimo cambio o una ligera duda que le hubiera impulsado a querer redactar otro tipo de testamento político?

LI. — ¡Desde luego que no! Mire, creo que es al mismo tiempo extremadamente simple y mucho más complicado. Al presidente y camarada Mao le gustaba pensar, y eso durante toda su vida, que con la experiencia revolucionaria marxista-leninista las masas populares podrían llegar a educarse por sí mismas practicando una enseñanza de puertas abiertas. En varias ocasiones, concretamente durante los años que precedieron a la revolución cultural, llegó a esperar que la revolución china se hallara lo bastante en su justa línea como para convertirse en la propia guía de sí misma. El sentimiento de su muerte inminente fue tal vez lo que le hizo cambiar de idea, en relación con su propósito de dejar un testamento político que preconizara la línea exacta a seguir, para llevar a cabo la gran revolución cultural proletaria.

G. B. — ¿Quiere decir que Mao Tsé Tung quiso demostrar, al abandonar el proyecto de escribir su testamento político y para que sirviera de ejemplo, la confianza última que tenía en el proletariado para llevar adelante la revolución sin el consejo de su gran timonel?

LI. — Ése es el significado exacto de su acción que debería obligarnos a todos, desde antes de su muerte, y más tarde, a tomar el relevo de la guardia, es decir, a guardarnos de nosotros mismos. Dado que el camarada Mao era para todos nosotros nuestro gran guarda, éste adoptaba en relación con nosotros la misma actitud vigilante que su gato *Ting* afectaba con respecto a él mismo. Esta actitud lúcida que ejercía frente a sí mismo y a sus guardias, los dirigentes del Partido y las masas populares, la ejercía también en relación con los extranjeros o los enemigos de clase. Así, observábamos que se comportaba a menudo como uno de esos gatazos cuyo aire amodorrado es mera apariencia destinada a engañar al interlocutor o adversario demasiado seguro respecto de su manera de obrar. Por eso, yo tuve la impresión, a raíz de las falsas tentativas de negociación de Chung King con la camarilla de Tchang, en 1945, que acababa de convertir en sistema para nosotros lo que era una forma casi instintiva de astucia, la del cazador al acecho que observa su presa: por una parte, los que pretenden sepultar China, los revisionistas internacionales y demás partidarios de Moscú y también los tigres de papel imperialistas; finalmente, por otra, los desvia-

cionistas de derechas, representantes de la burguesía.

G. B. — ¿No encuentra que la explicación que está dando de esa acción es demasiado sutilmente maoísta y, por tanto, bastante alejada de la realidad? Ya que, sin pretender ofenderlo, hoy nadie ignora ya el estado de decaimiento físico profundo a que había llegado últimamente el presidente Mao Tsé Tung, que luchaba desde hacía mucho tiempo contra la enfermedad de Parkinson y era atendido por una eminencia mundial de la neurología: el profesor vienés Walter Birkmayer. ¿Y el célebre profesor no viajó muy discretamente a China en varias ocasiones y no fueron los cuidados del profesor Birkmayer los que hicieron posible prolongar unos cuantos meses la vida del presidente Mao?

LI. — Mire, sin tratar de negar en modo alguno los hechos a los que hace alusión, yo diría que comete usted un craso error de juicio, sin hacer mención de la aparente ofensa que se hace a la memoria del difunto y llorado camarada Mao, quien permanecerá siempre vivo en nuestro corazón a través de los siglos.

G. B. — ¿Podría hablarme de eso?

LI. — ¡Desde luego! Mire, durante las semanas que acaban de transcurrir, semanas en el curso de las cuales yo sospechaba que el camarada Mao quería redactar una especie de testamento político y espiritual, Mao Tsé Tung no perdió en ningún momento esa fisonomía suya de felino medio amodorrado capaz, en un abrir y cerrar de ojos, de animarse, saltar y caer sobre su presa, y para mí eso no es indicio alguno de decrepitud. Todo lo contrario, yo sé que ese gesto indica que Mao deseaba, por encima de cualquier otra cosa, permanecer vigilante con respecto a sí mismo y a la línea de conducta que se había fijado. Para comprender bien esto, basta pensar en el alcance y significación revolucionarias de las travesías del Yang-tsé.

»*Sin temor a las olas ni al viento*

»*mejor que por mi patio, voy de paseo.*

»Estos dos versos pertenecen al poema *La natación*, compuesto según el motivo Chuei tiao keh teu, que el presidente y camarada Mao escribió en junio de 1956, después de haber atravesado a nado el Yang-tse tres veces seguidas. Diez años después, el 16 de julio de 1966, al comienzo mismo de la gran revolución cultural, Mao Tsé Tung, que entonces contaba al igual que yo 73 años, nadó de nuevo en el Yang-tsé; yo me hallaba presente y participé con entusiasmo, entre grandes masas de gente, en dicho acontecimiento. El camarada Mao permaneció 65 mi-

nutos en el Yang-tsé y cubrió cerca de 15 km a favor de la corriente. Fue un acto revolucionario ejemplar. Desde entonces, el presidente y camarada Mao no ha cesado de animar a las masas para que aprendan a nadar: «El Yang-tsé es profundo y rápido, en él uno puede curtirse física y moralmente.»

»«Nadar es luchar contra la Naturaleza; para forjar vuestro temple, buscad el contacto con los ríos y el mar.» El pasado 16 de julio se cumplieron otros diez años y mientras cada año, en conmemoración de la última vez que nadó el presidente Mao, millones de chinos atravesaban a nado ríos, lagos, bahías y estanques, la natación se había convertido en un deporte de masas, pero el camarada Mao ya no quería ni podía asumir personalmente la tarea de dar ejemplo; otros habían tomado el relevo y era necesario que otros sigan tomándolo. Esta acción y esta reflexión, trasladadas al campo de la acción y del pensamiento revolucionarios, explican aquello que Mao quería sin duda hacer comprender al renunciar a escribir y a dar a conocer su testamento político de última hora. El camarada Mao jugó con decisión la carta de su confianza en la conciencia revolucionaria de las masas populares, ya que para la gran revolución proletaria y cultural la hora final no existe.

G. B. — Ateniéndonos a su hipótesis, ¿tenía Mao pruebas de que la natación se había convertido en un deporte de masas gracias al ejemplo de sus anteriores travesías del Yang-tsé?

LI. — ¡Desde luego! Debe saber que a petición del camarada Mao, el pasado 16 de julio, el día en que la población de Wu-Han cruzó el Yang-tsé a nado, en conmemoración de la travesía que este último realizó el 16 de julio de 1966, las redacciones de los periódicos *Renmin Ribao*, *Hongqi* y *Yiefangyun Bao* redactaron el siguiente informe:

»«El distrito de Tongkuan, situado en el delta del río de las Perlas, cerca de Cantón, constituye un ejemplo en lo que a la natación generalizada se refiere. "País de la natación", numerosos ríos cruzan esta región que posee también gran número de estuarios, lagos y estanques. En primavera todo el mundo acude a bañarse. A partir de la Revolución cultural, las gentes del distrito han construido 15 piscinas. Las comunas y las brigadas han acondicionado asimismo espacios para bañarse al borde de los ríos, los estuarios, las albercas y los estanques. La práctica de la natación se ha extendido por las colinas y las regiones montañosas y las 33 comunas y aldeas del distrito. Ha aprendido a nadar la mitad de su población: alrededor de 200.000 personas; también lo han hecho más de la mitad de los habitantes de la comuna de Taokiao: 50.000 personas. El 16 de julio, alrededor de 100.000 personas participaron en la prueba de natación conmemorativa.

»El clima del distrito de Linhsien, situado en las

montañas de Taihang (provincia de Honan) es muy seco; el agua, en el pasado, escaseaba muchísimo. Los campesinos tenían la justa para beber, de bañarse, por supuesto, nada.

»Tras un esfuerzo de 10 años, los campesinos finalizaron el canal Bandera Roja que, a lo largo de 1.500 km, atraviesa montañas y valles, y construyeron centenares de embalses grandes y pequeños. El agua, en otros tiempos tan preciada como el aceite, pasó a ser abundante y permitió a millares de personas conocer las alegrías de la natación.

»En 1974, a pesar de una sequía de varios meses, fue posible organizar para el 16 de julio una competición de natación a la que los campesinos calificaron de "desafío a la Naturaleza".

»En Wucheu, región autónoma chung del Kuangsi, el 70 % de los 7.000 obreros y empleados del Negociado de Navegación trabajan durante todo el año en el agua. En sus ratos de ocio, nadan, practican el remo y juegan al polo acuático.

»La natación forma también parte del entrenamiento militar de la A.P.L. Por ejemplo, un regimiento de la A.P.L. practica a menudo la travesía a nado, con todo el equipo, de los principales ríos y lagos de la provincia, en particular, los ríos Kincha y Lantsang y los lagos Tienche y Eulhai. Chang Siaotsong, un soldado de nacionalidad lahu, nació y creció en una región montañosa en la que era imposible bañarse. En el Ejército se entrenó metódicamente y aprendió cinco estilos de natación en tres meses. Ahora puede nadar más de 10.000 m de una tirada; ha atravesado varias veces las aguas tumultuosas del río Lantsang, equipado por completo. Las mujeres participan siempre en mayor número, y la natación se ha convertido para ellas en una manera de luchar contra la teoría de Confuncio, según la cual "el hombre es superior a la mujer". En el distrito de Tongkuan, por ejemplo, a pesar de que la natación se halla generalizada, algunos siguen considerando indecente que se bañe una mujer. Durante la campaña en la que se hizo la crítica de Lin Piao y de Confucio, las mujeres que este distrito censuraron el principio de la superioridad del hombre y, siempre en mayor número, se entregaron a la natación. En una sola comuna, la de Taokiao, aprendieron a nadar 2.000 mujeres.

»A orillas del río Tahsi, en la región de Lihsiaho, provincia de Kiangsu, es fácil encontrar mujeres bañándose. Se trata de las antiguas milicianas de la brigada de Chucheu. Tras un riguroso entrenamiento de seis años, lo mismo verano que invierno, estas 300 mujeres son capaces de atravesar los ríos completamente equipadas, de disparar mientras nadan, transportar los avituallamientos y de procurar en el agua los primeros auxilios. Hace poco hicieron una demostración en pleno invierno; 20 de estas mujeres se lanzaron a una vía de agua abierta en el hielo del estanque y atravesaron éste nadando a braza; a su llegada les tributaron una fuerte ovación. También los niños practican con intensidad la natación. Son muy numerosos los que cada año participan en las competiciones organizadas por las provincias y municipalidades. A la prueba para la travesía del río de las Perlas, en Cantón, fueron muchos

los pequeños de 4 a 7 años que se presentaron. La práctica generalizada de la natación permite a grandes masas de chinos desarrollarse físicamente, fortalecer su espíritu y mejorar los resultados.»

G. B. — Pero, por qué concedía el presidente Mao tanta importancia a esta manifestación del esfuerzo y de la voluntad de educación de las masas populares a través de la natación?

LI. — Si se comprende este punto fundamental, que se halla relacionado con la travesía del Yang-tse que realizó Mao, ya con 73 años, el 16 de julio de 1966, se comprenderá también el porqué de estos últimos diez años de la revolución proletaria china.

G. B. — ¿Quiere decir que si fundáramos nuestro análisis en el tan comentado acontecimiento del 16 de julio de 1966 llegaríamos a comprender el porqué de la revolución cultural, del ascenso y caída de Lin Piao y de su aliado Chen Pota, de las escuelas del 7 de mayo, de la reconstitución del partido mediante un equipo mixto integrado por antiguos y nuevos dirigentes, de la aparente estabilización del año 1972, del progresivo alejamiento de los militares de los órganos del Estado y de la campaña Pilin Pikong de

crítica contra Lin Piao y Confucio, de la consolidación del control efectivo del Ejército por el partido, de la radicalización de las instituciones y del relanzamiento económico mediante la modernización económica, de la puesta en marcha de la movilización ideológica, a partir de la dictadura del proletariado, según las nuevas directrices dictadas por el presidente Mao en febrero de 1975, del espectacular ascenso de Teng Shiao-ping y de su no menos extraña caída, de los acontecimientos de la plaza Tien An Men y del acceso al poder de Hua Kuo Feng?

LI. — Por supuesto. La travesía del Yang-tsé que realizó Mao el 16 de julio de 1966 tiene el valor de un símbolo; las masas populares vieron en ella el retorno al cuadrilátero de Mao en persona, en plena forma y más combativo que nunca, dispuesto a tomar otra vez directamente en su mano no los asuntos del país, sino la tarea de conducir la revolución, la cual estaba en peligro de zozobrar en los meandros de una administración atacada de esclerosis y de una burocracia fundada principalmente en las costumbres y muchos años de los dirigentes del partido. Recuerdo que Mao me decía en aquella época: «Ven conmigo, camarada Li, vas a presenciar algo espectacular y sorprendente: mi puesta en órbita otra vez, preparada por nuestros compañeros después de la circular del 16 de mayo.»

»Le pregunté al camarada Mao si no se encontraba cansado y un poco harto de tener que volver al

servicio, su respuesta fue: «No, camarada Li, la hora final de la revolución aún no ha sonado: nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos no conocerán nunca el comunismo si durante el difícil período del socialismo no acabamos nosotros con los derechos burgueses.» Mao se me acercó entonces y puso su mano en mi hombro, como si con este gesto quisiera indicar que, llegado el momento, yo y algunos amigos más, alejados del fragor del combate, deberíamos sostenerlo, ayudándole a mantener la cabeza fuera del agua, en esta gran travesía revolucionaria que le conducía inexorablemente a la muerte.

»«Ves, camarada Li, me quedan sin duda unos diez años de vida y el espectáculo que ofrecen los viejos camaradas del partido, algunos apenas más jóvenes que yo, otros de más edad, es verdaderamente desolador; ninguno de nosotros sirve a la revolución como debiera; ¿será posible en tales condiciones instaurar alguna vez el comunismo universal? ¿Cómo me sería posible, sin servirme durante largo tiempo aún de un verdadero subterfugio, decantar o arbitrar las luchas partidistas de esos viejos seniles y ambiciosos? Mi deber es elevarme por encima de ellos, hacerme inaccesible, no ser ya ni siquiera un último recurso, de lo contrario, ¿qué ocurriría cuando yo muera? Es imprescindible que después de una acción ejemplar que pueda incluso convertirse en legendaria —para esto he elegido, debido precisamente a mi edad, atravesar de nuevo el Yangtsé como hace diez años— que me retire todo lo posible en el apacible silencio y los espacios prohibidos de la ciudad, en donde tú y unos cuantos guar-

dias fieles a mi persona, apartados desde siempre de la acción política directa, me ayudaréis a erigirme en un mito. De este modo, con las manos libres, invisible y siempre presente, podré, sin temor a los golpes a que expone toda acción gubernamental, impulsar constantemente, por uno u otro lado, el péndulo de la marcha que conduce hacia el comunismo. El único personaje oficial que comparte el secreto es el fiel camarada Chu En Lai, que se da perfecta cuenta de la amplitud del proyecto y de los innumerables obstáculos que tendremos que superar. Sólo a ti, querido camarada Li, oscuro celador del fuego sagrado de la revolución, podré confiarte diariamente y sólo a ti podré hacerte partícipe de mis inquietudes, ya que el mismo camarada Chu, guardián y garante público del secreto, deberá a menudo dedicarse a la propia revolución y, por consiguiente, hallarse libre del peso de todas las incertidumbres para que, si llega el momento, pueda hacer frente al peligro, o para concretizar algunos cambios de línea al haber conservado intacta su credibilidad.»

»Pregunté al camarada Mao qué iba a ocurrir, según él, en un futuro próximo. Esperaba que su respuesta me proporcionaría algunos detalles sobre el próximo año únicamente y sobre las finalidades de la revolución cultural; me quedé desconcertado al comprobar el alcance de sus previsiones y audacia revolucionarias, a pesar de que su respuesta se limitó a ser una explicación esquemática, es decir, sin preocuparse de pronósticos en cuanto a detalles y fechas de los acontecimientos, de aquello que, según él, iba a ocurrir inexorablemente durante los

próximos diez años, o sea, hasta su muerte, que él mismo situaba entre 1975 y 1977. Mao llegó a precisar que debería mantenerse el timón por lo menos hasta el 16 de julio de 1976 en que se cumpliría el décimo aniversario del acontecimiento que iba a producirse pocos días después y, de todas formas, sobrevivir algún tiempo al camarada Chu, porque resultaría demasiado peligroso que él, guardián público del secreto, se quedara solo en el primer plano de la escena. El camarada Mao Tsé Tung indicó, además, a este respecto que, si por desgracia, le tocara morir a él antes que al camarada Chu, sería necesario que yo y aquellos guardias de la Ciudad Prohibida que eran conmigo guardianes ocultos del secreto hiciéramos revelaciones anónimas de aquella manera que fuera a tener mayor resonancia, es decir, por medio de circulares dirigidas al *Diario del Pueblo* y a *Bandera Roja* y también por ese medio tan conocido que son los Datzibaos. Según Mao, Chu En Lai, liberado así del secreto, podría hablar, actuar y avanzar en la línea revolucionaria justa; el pueblo, informado y educado, pasaría a ser a su vez responsable y juez de sus actos y de su conducta.

G. B. — ¿El presidente Mao le ordenó a usted una conducta determinada para el caso contrario de que fuera él quien muriera después de Chu En Lai?

LI. — Sí, en efecto, en tal caso deseaba que algunas semanas después de su muerte, por mí mismo e indirectamente, diera a conocer esas revelaciones capitales fuera del país, a fin de que no tuvieran de manera directa, o al menos inmediata, el mismo efecto explosivo en el interior del país y que, al contrario, conscientes los dirigentes de que las miradas del exterior se centraban en ellos, éstos no se enfrentaran unos a otros y llevaran a cabo su acción gubernamental y revolucionaria según las justas conclusiones del pensamiento de Mao Tsé Tung.

G. B. — Bien, todo eso es muy interesante, pero, ¿por qué se me eligió a mí como trampolín de unas revelaciones que, según las apariencias, merecerían que se utilizaran los servicios del corresponsal de la «A.F.P.» o de un corresponsal internacional que conociera a fondo la problemática china —Alain Jacob, por ejemplo— o, si se quiere, los buenos oficios de la Embajada de Francia en Pekín? ¿No existe el peligro de que al confiarme estas revelaciones capitales únicamente a mí, oscuro visitante extranjero, viviendo en China desde hace escasos meses y periodista sólo a ratos, las esté usted enterrando para siempre en las mazmorras de la Historia?

»¿Por qué Mao no consideró, al contrario, como mucho más segura la solución de que, por medio de una circular, como a él mismo le gustaba hacer, usted enviara su testamento político y espiritual a los principales políticos franceses que lo hubieran tra-

tado y que hubiesen tenido ocasión, cada uno a su manera a través de sus escritos, de mostrar su postura tanto en lo que a él se refiere como sobre China y la revolución china?

LI. — ¿Cree usted? ¿En qué personas piensa en particular?

G. B. — Pues, por ejemplo, en André Malraux, que en sus *Antimemorias* consagró páginas enteras al presidente Mao, o en Alain Peyrefitte, cuya reciente obra, que toma su título del famoso pronóstico de Napoleón: .«Cuando China despierte, el mundo temblará...», ha tenido un extraordinario éxito de librería en Francia.

LI. — Su sugerencia, a decir verdad, me divierte muchísimo, ya que reconozco habérsela hecho yo mismo al camarada Mao el pasado 25 de agosto cuando le pregunté cómo debía proceder en los detalles ya que, encontrándome en la segunda de las hipótesis formuladas por aquél diez años antes, tenía la suerte de poder contar con su consejo.

G. B. — ¿Y cuál fue su respuesta?

LI. — Nuestro amado camarada Mao se quedó pensativo, luego, de repente, hubo un destello en su rostro, no obstante tenerlo tan demacrado por la enfermedad, y me dijo: «Pero Li, tú no puedes pensar tal cosa; resultaría completamente absurdo, ya que, por el honor que de ese modo se les haría, daría la impresión de que concedemos cierto crédito a sus elucubraciones o, por el contrario, parecería que se hacía un mentís tajante de sus glosas, cuando la realidad es que contienen una pequeña parte de verdad.»

G. B. — Es, en efecto, una idea que no se me había ocurrido, pero que tampoco me aclara por qué me eligió a mí y me hizo conducir a la Ciudad Prohibida para hacerme aquí las actuales revelaciones.

LI. — La explicación es simple y complicada a la vez; es el resultado de uno de esos acuerdos a los que tan aficionado era el camarada Mao.

»Mao insistía, sobre todo, en un punto fundamental; quería que tales revelaciones se hicieran prime-

ro en Francia y ello por varias razones. En primer lugar; porque Francia había sido, gracias al general De Gaulle, el primer país del mundo occidental que estableció relaciones diplomáticas con Pekín; luego, porque Mao fue informado por Nixon en febrero de 1976 y más tarde por Schlesinger, el ex ministro de Defensa norteamericano, de que Francia y Europa iban a constituir en los próximos dieciocho meses el envite político en la más formidable lucha de influencia de las superpotencias a escala mundial y que, por tanto, hacía falta que esos pueblos conociesen su verdadero pensamiento y el porqué y el cómo de nuestra revolución proletaria. Mao deseaba al mismo tiempo rendir así homenaje al general De Gaulle, que supo ser en su tiempo un ardiente defensor de la libertad de Francia, y dar al pueblo francés, siempre dispuesto a defender su libertad y las libertades del mundo, las mejores armas para defenderse tanto de los ataques de la URSS como de los de los Estados Unidos, de cuyas intenciones respectivas, Nixon, el destituido presidente, había querido venir a informarlo por rencor contra aquellos que lo habían derribado y también debido a la hostilidad personal que sentía por la URSS desde antiguo.

»Las razones precedentes explican, asimismo, que no era posible elegir las vías oficiales para transmitir el mensaje, porque hubiera sido inmediatamente interceptado por la KGB o la CIA, o por ambas a la vez.

»La única solución, pues, era elegir a un francés anónimo que no hubiera vivido en Francia desde hacía tiempo, que durante su permanencia en África hubiera podido conocer bien el problema de la influencia china frente a las de los Estados Unidos y la URSS y que desde su llegada a China, y excepcionalmente, hubiera sido objeto de una vigilancia muy discreta, aunque lo bastante estrecha para revelar un excelente comportamiento, pues en el caso de la vigilancia normal —muy rigurosa— que reservamos a los extranjeros hubiera sido luego mucho más difícil sustraerlo al control de los intérpretes sin despertar sospechas.

»Además, al examinar su ficha, el hecho de que su nombre fuera de origen armenio agradó a Mao, que vio en ello el signo de un vagar, humano y generoso, por el mundo, favorable para la difusión de su mensaje de alcance universal. ¿Le satisfacen estas explicaciones?

G. B. — Sí, y creo que ya es hora, si a usted le parece, de que volvamos al contenido de las explicaciones que el propio Mao quiso dar sobre su manera de dirigir la revolución china tras los últimos diez años. Después me gustaría que, tal como deseaba Mao, según creo haber comprendido, me hablara algo sobre los últimos meses de su vida, el sentido de sus últimas acciones y los deseos que manifestaba en relación con el porvenir de la revolución proletaria china y la revolución proletaria en el mundo. Cuando hayamos terminado con eso, pienso tener la osadía, que confío no resulte temeraria, de

hacerle algunas preguntas concretas que, estoy seguro, todo buen francés ardería en deseos de hacerle sobre los misterios de la Ciudad Prohibida y la extraña desaparición de Lin Piao, sobre la muerte de Chu En Lai y las singulares huellas que ha dejado su recuerdo a pesar de que sus cenizas fueron dispersadas, según parece, a los cuatro vientos, y, finalmente, sobre la irresistible ascensión de Hua Kuo Feng.

LI. — De acuerdo, volvamos ahora a diez años atrás, al momento en que el camarada Mao, el implacable felino, siempre al acecho espiando a sus adversarios, el vigilante supremo —día y noche— de nuestra revolución, decide proceder al ataque y eliminar a sus enemigos, uno tras otro, antes de pasar a ocupar de nuevo el primer plano de la escena. Es preciso señalar, sin embargo, que el despertar de Mao no data de 1966. Mao se había dado cuenta, hacía ya algunos años, de que en el seno del partido comunista existían dos frentes y de que eran los camaradas del primero de ellos, con Liu Shao Chi a la cabeza, quienes, habiéndose adueñado de todo el aparato gubernamental tras el fracaso personal que éste sufrió en la dirección del gran salto hacia delante, muestran una tendencia a olvidar la lucha de clases. Al conceder prioridad a la reconstrucción económica del país por encima de cualquier otra consideración, debilitan tanto el Estado socialista como la Revolución. El camarada Mao comprobaba

con rabia que en el campo los agricultores se habían dado a especular con los precios de los artículos alimenticios; hicieron también su aparición el mercado negro y la usura y tierras que en otros tiempos habían sido colectivas se volvieron a dividir en explotaciones individuales. Y todo eso bajo la mirada complacida de los dirigentes del partido que, de paso, se beneficiaban también.

G. B. — Es decir, que se forraban, como nosotros decimos.

LI. — Exacto.

G. B. — No me extraña, pues, que el presidente Mao Tsé Tung viera la necesidad de actuar. Pero, ¿era ésa una razón seria y suficiente a la vez?

LI. — Ya veo adónde quiere ir, ya que recuerdo que el otro día hablamos de un rasgo típico del carácter del camarada Mao.

G. B. — En efecto.

LI. — Bien, sí, no puedo negarlo; a pesar del aprecio que siento por él, el camarada Mao era oportunista en exceso: la situación que he descrito no era una razón suficiente para explicar su acción. En todo caso, esta situación de progresiva descomposición del socialismo en nuestro país, le resultaba necesaria para llevar a cabo su combate. Además, lo mismo antes que después, el camarada Mao Tsé Tung siempre supo aprovechar los desórdenes en el interior del país o del partido para imponer su voluntad y asentar más su poder.

»En el caso que ahora nos ocupa, por ejemplo, Mao se había hecho destituir del poder por sus antiguos camaradas de la Larga Marcha, más exactamente por Teng Shiao-ping y, sobre todo, por Liu Shao Chi, que desde abril de 1959 ocupaba la presidencia de la República. En realidad, fue para derribar a éstos y a algunos otros por lo que el camarada Mao organizaría, apoyándose en Lin Piao, una contracorriente revolucionaria. Fíjese bien que lo que yo le estoy diciendo ahora es lo mismo que me dijo el propio Mao, aunque para exponer los hechos con absoluta sinceridad debo confesar que, por aquel entonces, Lin Piao me decía exactamente lo mismo, pero al contrario, es decir, éste estimaba que él había introducido algunas reformas en la línea de pensamiento del Ejército valiéndose de Mao como punto de apoyo y que a «ese viejo chocho» lo manipulaba «como si fuera un títere».

G. B. — ¿Dónde está la verdad, según usted?

LI. — La verdad es que ambos eran muy orgullosos y estaban sedientos de poder y que su oscura relación para repartirse, sin querer en realidad hacerlo, ese famoso poder absoluto, hay que buscarla muy lejos, en los tiempos de la Larga Marcha, después de las victorias sobre Chiang-Kai-Shek y de la toma de Pekín.

»De todas formas, en 1966, se vuelven a encontrar otra vez en el camino del poder y, durante algún tiempo, sus destinos serán paralelos, ya que tienen en común un mismo enemigo: Liu Shao Chi, su antiguo camarada convertido en presidente de la República, que les cierra el acceso al poder y que se deja seducir por las sirenas revisionistas del Kremlin. Mao, a quien había hecho muy poca gracia la forma en que Kruschev mancilló la memoria de Stalin, siente una animadversión personal por Liu Shao Chi. Por su parte, Lin Piao no se había mostrado muy crítico en los últimos tiempos en relación con los soviéticos, y Mao lo sabía; sin embargo, los dos hombres establecen un pacto entre ellos, lo que demuestra su enorme maquiavelismo. Los dos

tienen segundas intenciones y esperan, llegado el momento, deshacerse del otro. Sin embargo, una cosa es segura, el camarada Mao en persona fue sin duda el primero que decidió lanzar, sostenido y apoyado por su esposa, la camarada Chiang Ching, la gran revolución cultural, destinada a liquidar a sus enemigos, calificados como enemigos de la lucha de clases. Encuentra en Lin Piao a su más ardiente defensor, su punta de lanza, pero, al mismo tiempo, alguien, como diría usted, «más papista que el papa», el cual, enarbolando la bandera roja de la revolución y glorificando hasta el extremo el pensamiento de Mao Tsé Tung, se apoderó de hecho del poder político y temporal, haciendo del camarada Mao un dios intocable, aunque un dios solitario. Afortunadamente, el camarada Mao había escondido en su manga, como le decía antes, una carta secreta que le resultaría luego de gran valor: el camarada Chu En Lai, felino discreto y, sin duda, el más fino estratega que haya conocido nuestra revolución.

G. B. — Tendrá que explicarme todo eso en su momento.

LI. — Desde luego, en seguida tendremos ocasión. Pero, en este momento, el camarada Mao se halla inquieto con toda razón; por esa época me confía en relación con Lin Piao:

»«Algunos de sus pensamientos me desconciertan. No hubiera creído que esos opúsculos que escribí pudieran ejercer un poder mágico tan grande sobre las masas populares. Sin embargo, desde que Lin los transformó en obras importantes reuniéndolos y escribiendo su prólogo, el país entero ha respondido con fervor y entusiasmo, lo cual me hace pensar en aquella fábula de la abuela Wang, la cual siempre alababa la dulzura de los melones que vendía. De hecho, ya ves, camarada Li, que me he visto obligado a rehacer la banda de Liangshan (expresión ésta sacada de la novela *Al borde del agua* que significa actuar en contra de su propia voluntad) y, aparentemente, no tengo más remedio que ponerme de acuerdo con ellos.»

G. B. — Y, ¿cuál era el verdadero estado físico del presidente Mao Tsé Tung en esa época, es decir, en julio de 1966?

LI. — A decir verdad, no era excelente, pues el año anterior se le habían manifestado ya los primeros síntomas de la terrible enfermedad que al final acabaría con él. Ésta es, además, la razón por la cual yo me oponía a que intentara atravesar en persona el Yang-tsé a la semana siguiente.

G. B. — ¿Y qué hizo realmente?

LI. — Salió de la Ciudad Prohibida como si efectivamente se dispusiera a realizar tamaña proeza. De tal forma que yo, durante varios años, estuve convencido, al igual que la inmensa mayoría del pueblo chino, de que había realizado personalmente dicha hazaña.

»Pero, a decir verdad, el camarada Mao me confió más adelante que se había dejado convencer por el sensato camarada Chu En Lai y que, por mediación de éste, se lanzó un sosia a las aguas del Yangtsé el 16 de julio de 1966. Mao, muy prudente y muy malicioso, ese día me dijo: «Bueno, seguramente que tú también por tu parte comprenderás que llevaba razón al querer economizar mis fuerzas para la revolución cultural, como me aconsejaba el estimado camarada Chu, dado que tú mismo, que te encontrabas en mejor posición que ningún otro para penetrar en los arcanos de la Ciudad Prohibida, has creído y sigues creyendo en la realidad y en el valor ejemplar de dicho acto.»

G. B. — Fue algo verdaderamente audaz y malicioso.

LI. — Sí, pero mire, la audacia y la picardía no fueron en esta ocasión de Mao ni de Lin Piao, que se hubiera sentido bien contento con la creciente debilidad de Mao, sino que se debían al escurridizo Chu En Lai, manipulador mucho más fino, que, a partir de ese momento, supo sin lugar a dudas que a pesar del episodio de Lin Piao y de la revolución cultural llegaría a ser él quien verdaderamente detentara el poder. Y con esto contesto ya en parte y por adelantado la pregunta que me hizo hace un momento.

G. B. — ¿Insinúa que fue Chu En Lai quien desde los comienzos de la República Popular China movía todas las cuerdas entre bastidores?

LI. — No, usted va demasiado rápido y demasiado lejos. No me haga decir lo que no he dicho. En todo caso, desempeñará un papel preponderante, como en seguida veremos, en la eliminación oficial de Lin Piao. Pero Mao Tsé Tung sabía tanto como él, tal como le decía anteriormente, sobre aquello que podía e iba a ocurrir.

»Mientras tanto, en ese momento, Liu Shao Chi se hallaba aún en su puesto y resultaba peligroso, por eso es obligado dejar que Lin Piao, jefe del Ejér-

cito Rojo, primer viceprimer ministro desde enero de 1965, proclamado por consejo del astuto camarada Chu En Lai, héroe de la campaña de liberación de China contra los japoneses y el Kuomintang, y delfin del gran timonel Mao, que él, digo, prosiga su intensa campaña de propaganda y de exaltación abusiva del culto a la personalidad en favor de Mao Tsé Tung. Pronto se alcanza el primer objetivo y Liu Shao Chi no puede hacer frente al fuego de las violentas críticas de Lin Piao y de Chen Pota, así como de los ardientes partidarios de la revolución cultural. Privado de sus mejores apoyos, entre ellos del de Peng Chen, el alcalde de Pekín, uno de los primeros en caer bajo el fuego del ataque de Shanghai dirigido por Chiang Ching, la mujer del camarada Mao, Liu Shao Chi no puede resistir mucho más: hacia finales de año es destituido de su puesto de Presidente de la República y se nombra presidente interino a un fiel veterano de la Larga Marcha, Ton Pi-wu. En esta escabechina, numerosos miembros del Gobierno se ven privados de todas sus funciones, viéndose algunos excluidos incluso del partido. Sin embargo, más tarde veremos reaparecer, gracias a Chu En Lai, a un buen número de ellos, cuando haya pasado ya la tempestad, con ocasión del X Congreso del partido, en agosto de 1973.

G. B. — Dice usted que se había alcanzado el primer objetivo, pero, ¿cuál era el otro?

LI. — Era contener y canalizar lo antes posible la extraordinaria tempestad de la revolución cultural, desencadenada a través de todo el país por elementos completamente incontrolados o, por el contrario, demasiado bien controlados por el peligroso Lin Piao.

»A finales de 1967, los camaradas Mao y Chu En Lai pensaban que, para reorganizar definitivamente el partido, se podría convocar el IX Congreso dentro del primer trimestre de 1968 a más tardar, pero habían subestimado la capacidad de resistencia de Lin Piao, así como su voluntad de hacerse con el poder. De tal forma que hasta el mes de agosto de 1970, en definitiva, es Lin Piao quien se aprovecha de la desaparición de Liu Shao Chi y quien detenta lo esencial del poder en nuestro país, y, además, todo ello gracias sobre todo a los militares que habían controlado la formación de los comités revolucionarios en el campo y que formarán en adelante un bloque dentro de las principales instancias del partido, al que se incorporarían en masa.

G. B. — ¿Qué pasó exactamente en agosto de 1970?

LI. — En realidad, fue en abril de 1969, durante el IX Congreso del Partido Comunista chino, que al fin se había logrado reunir cuando las cosas empezaron a estropearse. En efecto, el camarada Mao Tsé Tung, que en dicho momento considera al camarada Lin Piao como un auténtico rival, consigue que no sea aprobado el proyecto de informe político de este último; en revancha, el Congreso confirma a Lin Piao como el digno sucesor del camarada Mao Tsé Tung. El debate de fondo que se había iniciado durante el Congreso de manera un tanto confusa y que apenas disimulaba el choque de tales rivalidades personales, consistía en realidad en saber si había que poner término o no a la revolución cultural.

»Después de este Congreso, se vio la necesidad, para reconstituir las instituciones de un régimen fuertemente debilitado por la revolución cultural, de modificar la Constitución, la cual sería sometida a votación en la próxima Asamblea Nacional. Lin Piao, vencido en toda línea, cree entonces que se le puede ofrecer una segunda oportunidad. Pero Mao adivina cuál va a ser la estrategia de su rival y exige a los redactores del proyecto de Constitución que sustituyan el puesto de presidente de la República por un estatuto bastante vago que lo convierte a él, Mao, en «Jefe del Estado de la dictadura proletaria». Chen Pota, Lin Piao y sus partidarios intentarán con sus vehementes intervenciones, durante la sesión del Comité Central de agosto de 1970, en Lushan, hacer que se restablezca en el proyecto de Constitución el cargo de presidente de la República,

sabiendo a ciencia cierta que debido a su enfermedad y a lo avanzado de su edad, el camarada Mao Tsé Tung no podrá aceptarlo y que el Comité se verá, en consecuencia, obligado, después de que la Constitución haya sido votada por la Asamblea Nacional, a designar al «compañero de armas y sucesor» de Mao. A Lin Piao. Pero el camarada Mao y sus partidarios, así como Chu en Lai, reaccionan con extremada violencia y con una extremada habilidad, además, se ponen en contra sobre todo de Chen Pota, principal aliado de Lin Piao, que fue uno de los redactores del proyecto y cuya «posición contradictoria les resulta, por consiguiente, intolerable y peligrosa». Lin Piao y sus partidarios se baten en retirada; han sido vencidos una vez más, pero el partido, a semejanza del país, casi se ha escindido y los daños son considerables. El camarada Mao Tsé Tung, que creyó por un instante que lograría hacer prevalecer sus puntos de vista, poco tiempo después de la sesión resultaría víctima de una congestión cerebral. De esta prueba salió considerablemente disminuido, aunque en el plano político todavía fue capaz de no ceder terreno.

G. B. — Se ha hablado de que, a partir de esa época, Lin Piao y sus partidarios habrían urdido una sombría conspiración con el fin de derribar a Mao Tsé Tung y a sus partidarios. ¿Qué pasó exactamente?

LI. — Usted se refiere, sin duda, al «cuerpo del 16 de mayo», organizado en 8 ejércitos, y a las tentativas de asesinato del presidente Mao Tsé Tung en 1971, ¿no es así?

G. B. — En efecto.

LI. — Bien, sin duda que sobre este capítulo lo voy a decepcionar y a sorprender a la vez. La versión oficial del complot de Lin Piao y de las tentativas de asesinato del presidente Mao fueron extendidas y divulgadas con toda intención por el propio Mao, instigado por Chu En Lai, para desorientar y vencer al enemigo con más facilidad.

G. B. — ¡Pero esta declaración constituye una verdadera bomba!

LI. — Usted lo dice, pero esta confesión me la hizo a mí el presidente Mao en persona.

G. B. — Pero, ¿quién era sobre todo el enemigo que había que vencer: Lin Piao o la revolución cultural?

LI. — Los dos a la vez. O mejor aún, la revolución cultural a través de Lin Piao. Y de ahí, la idea de Chu En Lai de inventar ese complot del «cuerpo del 16 de mayo» (fecha de la famosa circular que el 16 de mayo de 1966 significó el verdadero lanzamiento de la revolución cultural), organizado en 8 «ejércitos», correspondiente a 8 sectores de la administración a los que el nuevo «Grupo Central de la Revolución Cultural» debía arrebatar definitivamente el poder del antiguo Gobierno.

G. B. — ¿Así, pues, era verdaderamente Chu En Lai el alma condenada de Mao Tsé Tung?

LI. — Totalmente. Además, a partir de ese famoso Comité Central de agosto de 1970, en Lushan, cuando Chu En Lai y Lin Piao se enfrentan ya directamente entre los bastidores del poder y cuando el camarada Mao, debido a su congestión cerebral, la enfermedad de Parkinson y su avanzada edad, se

ve ampliamente superado por los acontecimientos. Chu En Lai, que no quiere que su enemigo se le adelante, aspira a principios de 1971 a golpear fuerte y rápido, pues sabe que esta vez Lin Piao ha comprendido el peligro en que se encuentra y contraatacará en seguida.

G. B. — ¿Qué hizo, entonces?

LI. — Al darse cuenta Chu En Lai de que necesitaba el apoyo oficial de Mao Tsé Tung, y que dada la enfermedad de este último no era posible contar con él, recurrió al sosia del presidente Mao que ya había utilizado en 1966, durante la travesía del Yang-tsé. El sosia, rodeado por los fieles de Chu, recorrería varias provincias chinas durante el verano de 1971, para explicar los errores de Lin Piao. Luego, en setiembre, viendo que la situación no estaba madura todavía para hacer detener a Lin Piao, el camarada Chu En Lai montaría toda una serie de falsas tentativas de asesinato dirigidas contra la persona del falso Mao: todas llevarían, bien entendido, la firma de Lin Piao, de tal modo que a Chu En Lai y a sus hombres ya no les quedó sino hacer detener a Lin Piao, encerrarlo en la Ciudad Prohibida y propagar la noticia de su fuga y de su muerte fortuita cuando volaba sobre Mongolia Exterior.

G. B. — ¿Qué? ¡Así, pues, Lin Piao no habría muerto y Chu En Lai habría sido capaz de urdir semejante maquinación! Sus revelaciones me dejan materialmente atontado. Nunca hubiera creído, a pesar de toda la estima que se pueda sentir por Chu En Lai, que un hombre pudiera ser tan astuto y disimulado, y que pudiera llevar a cabo por sí mismo, contra un adversario tan peligroso como Lin Piao, una estratagema semejante que, a fin de cuentas, le permitió quedarse solo en el primer plano de la escena política china a partir de 1971 y casi hasta su muerte. Además, será necesario que me explique, si se halla en condiciones de hacerlo, cuál ha sido, pues, la verdadera suerte de Lin Piao durante estos últimos cinco años.

LI. — También ahora comprendo muy bien su extrañeza, que se justifica plenamente si consideramos la ausencia total de información digna de crédito que existe en Occidente para poder juzgar nuestra gran revolución china. Pero no me haga decir más de lo que en realidad digo. En efecto, por una parte, yo no he dicho que Lin Piao no esté muerto en el momento actual; por otra, no he afirmado que Chu fuera realmente el único que dirigiera en el país, a partir de esa época, la marcha hacia delante de nuestro combate revolucionario. Usted no ignora, por ejemplo, lo que uno de los grandes amigos de

Mao Tsé Tung, el periodista norteamericano Edgar Snow, escribía por entonces:

»«El presidente Mao es un activista, una fuerza, un creador, un estratega de la sorpresa, de la tensión, de la distensión. Desconfía de los períodos de calma demasiado largos. Para él, nada cambia lo bastante rápido. Pero, prudente y pragmático, es capaz de una larga paciencia para alcanzar, etapa por etapa, sus objetivos. Existen pruebas de que el presidente Mao venía definiendo desde 1959 la estrategia de la Revolución cultural y de la depuración que, entre otros resultados, debía elevar a Chu En Lai a la cumbre.»

G. B. — Sin embargo, yo creía, de acuerdo con sus revelaciones, que el presidente Mao Tsé Tung, que en 1970 sufrió una congestión cerebral, se había visto obligado a retirarse durante algún tiempo de la escena política.

LI. — Así es; pero, por un lado, yo no he dicho que él no hubiera previsto con anterioridad lo que iba a ocurrir; en realidad, le he dicho incluso lo contrario cuando le revelé que en 1966 me predijo todo lo que iba a suceder hasta su muerte; por otro lado, todavía no le he dicho lo que el camarada Mao, durante un período posterior de relativa mejoría

en su estado de salud, pudo verse obligado a hacer solo o con el apoyo de otros camaradas.

G. B. — Es verdad, y le ruego disculpe mi precipitación y mi falta de comprensión o de clarividencia. Pero le agradecería que quisiera explicarme en su momento cuál fue, pues, el papel de Mao y qué fue de Lin Piao; usted no ha contestado esa pregunta.

LI. — Su actitud no es equivocada. Sabemos muy bien aquí, en China Popular, que es muy difícil, por no decir imposible, para un occidental que no esté familiarizado con nuestra manera de pensar y actuar en función de una constante alternancia y complementaridad del Yin y del Yang (principios femenino y masculino, respectivamente) comprender la marcha de nuestra revolución.

G. B. — Admito, pues, de buen grado, que todavía entonces y hasta la reciente muerte del presidente Mao ninguna acción revolucionaria haya podido desarrollarse digna de ese nombre, sin tener como referencia explícita la acción y el pensamiento del presidente Mao Tsé Tung.

LI. — Ya veo que va por buen camino. Me permitiré, entonces, continuar mi explicación de los hechos que sucedieron a continuación.

G. B. — Lo escucho, ¡pero no se olvide de Lin Piao!

LI. — No, pero de eso hablaré después. Empezaré por recordarle esta cita de nuestro amado presidente y camarada Mao: «Es bueno lo que tiene éxito; malo, lo que fracasa.» Ahora bien, ¿quién va a tener éxito a partir de este momento? Existe, de cara al exterior, la nueva política de entendimiento con los Estados Unidos que lleva a cabo Chu En Lai desde 1971; en el interior, el retorno, durante algún tiempo, de la primacía del partido bajo la férula del camarada Chu, verdadero y único responsable de la unidad del país, contra los ataques de los que buscan dividirlo.

»Chu En Lai sabía que los Estados Unidos querían retirarse progresivamente de Asia, pues ya no creían en la posibilidad de una victoria militar en Vietnam, y por eso les hizo saber que mediante algunas concesiones sobre Formosa, que se hallaba bajo protección norteamericana, Mao estaría dispuesto a entrevistarse con Nixon. Se trataba, en realidad, de una mera cláusula de estilo que permitiría al camarada Chu En Lai entrevistarse personalmente con Kissinger. La gestión resultaría beneficiosa para la nueva política de equilibrio entre los dos gigantes, Estados Unidos y la URSS, iniciada por nuestro camarada Chu, ya que, seducido por la idea, Kissinger vino a China para entrevistarse con él. Poco tiempo después, ya lo sabe, nuestro país pasó a ser miembro de las Naciones Unidas y, al año siguiente, Richard Nixon vino a Pekín a estrechar la mano de nuestro amado presidente Mao.

G. B. — ¿El papel del presidente Mao Tsé Tung se habría limitado a un mero apretón de manos?

LI. — Este gesto valeroso tiene un valor ejemplar mucho más amplio. El camarada Chu En Lai, en nombre del camarada Mao Tsé Tung, lo justificaría ampliamente, por cierto, mediante el documento que con la firma del presidente Mao y fechado en 1945 se refiere a esa manera de «pagar con la misma moneda» que, en ciertas ocasiones, consiste en avenirse a negociar.

G. B. — ¿Quiere decir que Chu En Lai gobernó por sí mismo China durante todo ese tiempo, apo-

yándose, según las circunstancias, en uno u otro texto del presidente Mao?

LI. — Yo no he dicho eso. ¿Pero no cree usted que muchas veces el pensamiento apropiado es, también él, una forma de acción eficaz?

G. B. — No lo niego.

LI. — Ahí tiene, pues, claramente expuesta, la estrategia de cara al exterior, de ese secreto felino que fue nuestro valiente camarada Chu En Lai.

G. B. — ¿Y por lo que se refiere a su acción en el interior del país?

LI. — Ya llegamos. Chu En Lai quiere hacer comprender que tras los excesos de la revolución cultural, en la que todo el mundo se metía en todo, es hora ya de que cada cual se ocupe con prioridad de las tareas que le son propias.

G. B. — ¿Cuál es en particular el objetivo de Chu En Lai?

LI. — Sería más apropiado decir quién constituye su objetivo. En efecto, en 1972 el orden reina de nuevo, pero ahora se trata esencialmente de poner a los militares a raya. Para ello el camarada Chu En Lai lanzó el eslogan «El Ejército Popular de Liberación tiene que estudiar al pueblo». Además, para el camarada Chu En Lai, si el Ejército comprende al pueblo, debe servirlo, y para servirlo debe volver a los cuarteles, pues no es posible que sustituya por más tiempo los ejercicios militares por actividades políticas y de producción. Éstas son las mismas palabras que el camarada Chu En Lai hizo escribir en su editorial del Diario del Ejército Popular de Liberación durante el verano de 1972.

G. B. — Así, pues, ¿Chu En Lai no temía que una vez que las unidades militares hubieran regresado a los cuarteles, renacieran unos conflictos que el partido se vería incapaz de controlar?

LI. — Todo lo contrario, se sorprendería usted si pudiese comprobar lo imposible que es coger en falta al astuto Chu En Lai. En efecto, el camarada Chu, de vez en cuando, llegó incluso a introducir a propósito agitadores en las brigadas de producción o en las fábricas para poder reforzar, tomando como pretexto estas alteraciones, el papel de la milicia que, a partir de entonces, ya no estará bajo las órdenes de los militares, sino de los civiles del partido.

»Sirve también de pretexto para que el camarada Mao subraye la importancia del relanzamiento económico del país y permita retornar al partido a un gran número de antiguos mandos, criticados y expulsados durante la revolución cultural por no haber concedido suficiente importancia a la teoría y la práctica de la lucha de clases, a consecuencia de unas ideas económicas juzgadas fuera de lugar en esa época o, lo que es lo mismo, revisionistas.

»Para resumir estos elementos simples pero fundamentales, interesa, pues, subrayar hasta qué punto el asunto de Lin Piao significó un pretexto útil para demostrar al pueblo chino en su conjunto, así como a los mandos del partido, en particular, el enorme peligro que representaría una resurrección de los señores de la guerra. Usted verá en seguida que la utilización de este asunto servirá también más tarde para arrancar de raíz una tendencia fuertemente anclada, por motivos de tradición, en el espíritu del pueblo chino: la veneración de un gran maestro y la de su pensamiento infalible, la tendencia a considerar como normal que dicho maestro, ya se trate de un filósofo, de un emperador o de un gran timonel, tenga siempre un sucesor designado.

G. B. — Supongo que usted se refiere a la campaña que muy pronto tendría lugar en contra de Lin Piao y de Confucio, conocida hasta hoy como movimiento del Pilin Pikong. ¿Lo que usted quiere decir es que cada episodio de la revolución china puede convertirse de positivo en negativo o de negativo en positivo según se ponga a éste como ejemplo o como contraejemplo?

LI. — En cierto modo, sería algo así. El camarada Mao tenía gran fe en la virtud ejemplar del teatro de marionetas. Entretanto, y más que de valorar la noción de dirección colectiva por oposición a la de mandarinato o jefe infalible, se trata, sobre todo, de hacer que domine la ideología del partido restaurando la autoridad civil y creando en su seno un equipo mixto muy estudiado compuesto por antiguos dirigentes, la mayoría rehabilitados, y por dirigentes jóvenes provenientes en buen número de la clase agrícola y obrera. Eso es lo que hizo el presidente Mao cuando confió el puesto de jefe de estado mayor al viceprimer ministro Teng Shiao-ping, «destituido», como usted diría, durante la revolución cultural, una de las víctimas de Lin Piao, y el

puesto de comisario político del Ejército Popular de Liberación a otro viceprimer ministro, Chang Chung Chiao. Al mismo tiempo, y la cifra le parecerá sin duda muy elevada, surgieron o reaparecieron 38 nuevos ministros y viceministros.

G. B. — ¿En qué momento exactamente?

LI. — Bueno, entre setiembre de 1971 y diciembre de 1972.

G. B. — Es asombroso.

LI. — No tanto. Constituye lo que los camaradas Mao y Chu llamaban «el primer relevo de la guardia».

G. B. — No conocía esa expresión.

LI. — Su auténtico significado lo hallará si piensa en esa primera página arrugada del testamento de Mao que le leí durante nuestra primera entrevista.

G. B. — ¿Y cuál es su alcance?

LI. — ¡Considerable! Piense que fue por esa época cuando fueron promocionados al Centro algunos responsables de provincias como Hua Kuo Feng, el actual Primer Ministro, que fue nombrado entonces comisario político de la región militar de Cantón, y Wang Hong Wen, uno de los jóvenes más destacados del grupo de Shanghai, futuro vicepresidente del Comité Central y miembro del comité permanente de la junta política del partido. Todos estos recién llegados, promovidos y protegidos por Chu y Mao, se vieron al parecer beneficiados por la desaparición de Lin Piao y de sus partidarios a la hora de consolidar sus respectivas posiciones.

G. B. — Sí, ya entiendo, lo que entonces se hizo fue una rehabilitación de antiguos dirigentes y una promoción de dirigentes fieles que pertenecían a una nueva generación.

LI. — Así fue, en efecto, y en dicha tarea Mao y Chu se repartieron, poco más o menos por igual, las líneas de influencia. Ya ve, pues, que Mao, o por lo menos sus ideas, con el apoyo de su esposa Chiang Ching y del grupo de Shanghai, volvió a tener en esa época, es decir, en 1973, cuando se celebró el X Congreso, una auténtica importancia. Es éste el Congreso del equilibrio y del compromiso que intenta conciliar un imperioso deseo de pragmatismo con el estímulo al desarrollo económico y con el retorno a la militancia, según el principio enunciado por el camarada Mao: «No combatir es retroceder; no combatir es cambiar; no combatir es caer; no combatir es convertirse en un revisionista.»

»Es decir, que lo que el tándem Mao/Chu pretendía era imprimir nuevo dinamismo a un partido fuerte, siempre en vela por el ejercicio de la dictadura del proletariado, hecho de fuerzas y de tendencias opuestas, aunque complementarias, enriquecido a través de la autocrítica y de la crítica mutua a imagen y semejanza de lo que Mao y Chu practicaron siempre el uno respecto del otro.

G. B. — ¿Pero no había ninguna posibilidad de un verdadero engaño por parte de Chu En Lai que, se ve, claramente continuaba ocupando el primer plano de la escena y que podía aprovecharse del gran debilitamiento físico de Mao?

LI. — No, ya que había terceros a la vista.

G. B. — ¿Quiénes?

LI. — Bueno, como en los mejores tiempos, al principio de la revolución cultural, Chiang Ching, esposa de Mao, y Lin Piao, el secuestrado de la Ciudad Pohibida. Esto le dará idea de quiénes eran en ese momento las aliados de Mao entre bastidores. En lo tocante a los personajes que aparecen en primer plano de la escena, éstos se intercalan de la forma siguiente:

»Mao se apoya a la izquierda en Wang Hong Wen y desplaza por la derecha a Hua Kuo Feng, mientras que Chu se apoya por la izquierda en Hua Kuo Feng y empuja por la derecha a Teng Shiao Ping. La posición central que ocupa Hua Kuo Feng explicaría su rápida ascensión a partir de 1973.

G. B. — Acepto de buen grado esta última explicación en todo lo que se refiere a lo que usted denomina el primer plano de la escena, pero, si puede, explíqueme, por favor, qué ocurría entre bastidores y cuál era el papel de Chiang Ching y de Lin

Piao. Con esto espero encontrar al fin la respuesta a mis anteriores preguntas.

LI. — Ésa es, desde luego, una de las revelaciones de mayor trascendencia que deseaba hacerle. Se trata del primer acto del último de esos juegos de reparto de papeles destinados a la educación de las masas, las cuales tanto afecto sentían por Mao y todos los viejos camaradas del grupo dirigente. Esto le indicará hasta qué punto a la vieja guardia, que de hecho dirigía colectivamente nuestro Estado socialista desde su aparición, le gustaba, en el curso de las largas veladas pasadas en el corazón de la Ciudad Prohibida entre juegos apasionantes y debates entrecortados por carcajadas, distribuirse entre sí los papeles, a fin de abordar una nueva etapa en la marcha hacia el comunismo. Ya que, entérese bien, el humor y el teatro son los que han preservado hasta hoy nuestra revolución. En ese momento, Lin Piao y Mao deciden hacer su autocrítica o al menos la crítica de los papeles que les tocó asumir anteriormente, es decir, durante la revolución cultural, símbolo precisamente de los dos escollos que hay que evitar, a saber, el del bonapartismo jacobino, que representó Lin Piao, y el de emperador por derecho propio, el del Napoleón hacia el cual desgraciadamente siempre han tenido todas las revoluciones, papel éste que le había tocado asumir a Mao.

»Sin embargo, si no resulta peligroso hacer recaer las críticas en Lin Piao, que oficialmente ha

desaparecido de la escena y que encarnará así el personaje inmortal de Judas, del hermano o del hijo traidor que abandona la causa de sus hermanos, sí que lo sería hacer que recaigan también directamente en Mao, que está vivo todavía oficialmente y que podrá aún intervenir, gracias al nuevo estilo que se creará para él, en una u otra de las últimas escenas de ese drama final en el que figurarán todos los antiguos. De todos modos, en esta ocasión habrá algunos (Chu Teh y Tong Piwu) que participarán como simples comparsas, ya que la diñarán, como usted diría, antes que Mao y Chu, a pesar de que este último empieza a dar ya muestras de cansancio y sabe que no le queda mucho de vida. Por lo que a Mao se refiere, su astucia consistirá, pues, en dirigir sus críticas contra su antiguo personaje de Gran Timonel infalible —allá arriba en el cielo, por encima de las masas trabajadoras— bautizándolo de Confucio. Para ayudar al viejo camarada Mao y al también viejo Lin Piao, éste muy quemado además, por la actuación ejemplar que le cupo desempeñar durante la revolución cultural, la fiel y sacrificada Chiang Ching propone, una vez más, sus servicios, y pide la tarde de ese animado debate en la Ciudad Prohibida, que la primera parte de esta nueva representación se bautice con el nombre de Pilin Pikong. Usted no ignora la auténtica pasión teatral de la camarada Chiang Ching, que se ofrece para escribir el guión y realizar la puesta en escena de esa hermosa obra, al final de la cual Chu En Lai morirá; Teng Shiao Ping será derrotado; Hua Kuo Feng, promovido, y Mao, embalsamado. Porque todos los viejos

camaradas encuentran normal que la despedida sea colectiva y organizada, es decir, que en el momento en que ocurra la muerte de Mao, los otros deben haber muerto ya y, si no, haber desaparecido o haber sido liquidados, por supuesto, entre bastidores, lejos de toda cuestión de carácter público. La obra se desarrollará tal como estaba previsto, puesto que cuando sobrevino la reciente muerte de Mao, Chu Teh, Tong Piwu y Kang Sheng habían muerto ya, Lin Piao no sólo había desaparecido oficialmente, sino que se le había enterrado una vez más, y Teng Shiao Ping había sido desarmado y puesto a la sombra.

G. B. — La explicación que acaba de darme sobre la vida política en su país durante los últimos cuatro años me ha dejado materialmente estupefacto. Pero, ¿qué sentido hay que dar a ese escenario y a esa puesta en escena? ¿Hay que pensar que cada uno de los actores se daba cuenta del papel que iba a desempeñar y que lo aceptaba con toda normalidad?

LI. — ¡Mucho cuidado con los posibles errores de interpretación! Eso no quiere decir que cada uno de los miembros de la vieja guardia que ahora se contaba entre los dirigentes de nuestro país, supiese cuál había sido hasta el momento su papel y la importancia del mismo desde el punto de vista de la

educación de las masas. Pero también cada uno de ellos en su fuero interno, aunque creyese firmemente en la virtud de este modelo de enseñanza política promovido por el camarada Mao Tsé Tung, que fue nuestro «supremo maestro» para todos, ya que además de sus estudios en la escuela normal de Changsa también tenía la vocación, cada uno, pues, sabía también, por la experiencia que prestan los años, que todos los otros, cada uno a su manera, intentarían hacer trampas, es decir, cambiar su papel haciendo prevalécer sus puntos de vista y buscándose un sucesor. Tampoco se fiaba ninguno de la camarada Chiang Ching, la esposa de Mao, pues conocían su desmesurada ambición, su actitud de extrema izquierda —con frecuencia irresponsable— y su belicoso antisovietismo unido a una dudosa amistad, comprometedora cuando menos, con los Estados Unidos.

»Sin embargo, comprobará que la desconfianza y el excesivo temor que les inspiraba Chiang Ching les hicieron cometer a todos el mismo error, es decir, que no reconocieron a tiempo quién era en realidad su verdadero enemigo, el que de hecho les sobreviviría o pondría fin a sus ambiciones personales para poder servir las suyas y que desgraciadamente abandonaría la noción de dirección colectiva que con tanto empeño habían tratado todos de salvaguardar para el porvenir sin prestar por ello oídos durante la mayor parte de su vida a sus propias ambiciones.

» ¡Qué fin tan desgraciado, no le parece, el de estos hombres valerosos transformados por la edad en vanidosos y ambiciosos!

G. B. — Pero, ¿qué conclusión debo sacar de estos últimos detalles? Echo en falta el tono amistoso que utilizaba otras veces al hablar de estos hombres que fueron fieles compañeros suyos. ¿Cuál era este enemigo común que no acertaron a reconocer a tiempo y qué es lo que ocurrió hasta la muerte de Mao?

LI. — Si cree descubrir una cierta amargura en mi manera de hablar es porque tal amargura existe, ya que es usted un observador lúcido. No puedo evitar el rencor que me inspiran estos viejos compañeros que llegaron a carecer por completo de lucidez y que no supieron con anterioridad, antes de verse aquejados por la edad y el debilitamiento físico y mental, dejar a otros compañeros seguros y fieles, pero, sobre todo, mucho más jóvenes, la dirección de nuestra gran revolución proletaria.

»En efecto, ¿qué dice Mao en lo que con toda razón podríamos considerar como su testamento, dado que, al final, renunció a escribir un testamento personal, y que fue adoptado en la época de que le hablo por el colectivo de viejos dirigentes?

»Pues bien, Mao define principalmente, por medio de seis puntos, la tarea que aún queda por hacer. Le daré aquí los principales, precisamente aquellos que fueron mal interpretados, transformados o tergiversados.

»Así comprenderá mejor lo que pasó y lo que mañana puede muy bien ocurrir en China y en el mundo.

»Según este texto, dirigido a los futuros dirigentes, a aquellos que habían participado en el «primer relevo de la guardia», en primer lugar convenía reagruparse en torno al comité central del partido, núcleo del pueblo chino. De ahí que la vieja guardia considerara como fundamental la noción de dirección colectiva. Ahora bien, esta consigna generosa y prudente, cuyo respeto hubiera garantizado la buena marcha de nuestra revolución, se vio relegada al olvido tras la muerte del valeroso camarada Chu En Lai. Los actuales conspiradores la han deformado, encima, para justificar su traición, al añadir a la misma la consigna de que debe de continuar la crítica de Teng Shiao Ping, el sucesor de Chu En Lai, definitivamente separado por revisionismo el pasado mes de abril, y de todos aquellos que siguen la vía capitalista, a pesar de que son precisamente ellos los primeros que siguen esta senda vergonzosa.

G. B. — Me parece que allí tiene que haber otra persona.

LI. — Lo único que yo hago es seguir actuando y hablando en nombre del verdadero pensamiento del difunto y llorado camarada y presidente Mao Tsé Tung. Voy a contracorriente y tiene que reconocer que hay motivos, ya que se trata de la propia línea.

Tomemos, por ejemplo, otro punto fundamental de las consignas que se debían respetar; se refiere al Ejército, el cual deberá aumentar sus preparativos para la guerra y estar siempre dispuesto para combatir a los agresores y liberar Formosa. Pues bien, ¿sabe lo que están haciendo ahora?

G. B. — No, en absoluto.

LI. — Invitan al Ejército a que se refuerce, pero en lugar de enseñarle cuál es el verdadero enemigo —el imperialismo capitalista— y de prepararlo para defender a nuestro pueblo y las conquistas de nuestra revolución en caso de invasión, sea quien sea el agresor, lo que hacen es preparar al Ejército para que ataque a nuestro poderoso vecino soviético, olvidándose y traicionando el pensamiento de nuestro amado camarada Mao, que decía: «Si no nos atacan, no atacaremos; si nos atacan, contraatacaremos.» Olvidan también los textos fundamentales del camarada Mao, en los cuales nos animaba a no perder la esperanza en relación con la URSS; la existencia de ciertas organizaciones clandestinas rusas que todos tuvimos ocasión de conocer durante la revolución cultural no tiene para ellos valor alguno. Pero era el propio Mao quien desde 1962, es decir, apenas dos años después de nuestra ruptura con la URSS, no dejaba de repetir: «A pesar de que la dirección

del Partido y del Estado soviético se halla usurpada ahora por los revisionistas, yo pido a los camaradas que tengan la firme convicción de que el pueblo soviético y una gran mayoría de los miembros del Partido y de sus Dirigentes son buenos o relativamente buenos y desean la revolución; la dominación del revisionismo no durará mucho.»

»También nuestro querido camarada Mao nos decía a guisa de comentario sobre la reunión de Moscú, el 23 de marzo de 1965, que «las masas populares, incluidas las de la Unión Soviética, desean la revolución. Dentro del movimiento, los comunistas y sus dirigentes, incluidos los del Partido comunista de la Unión Soviética, desean la revolución... Puede ocurrir que durante algún tiempo haya personas que anden a tientas, que se dejen engañar e incluso que cometan errores, pero, si de verdad desean la revolución, tarde o temprano acabarán rompiendo con el revisionismo y poniéndose al lado del marxismo-leninismo».

G. B. — Me parece, en efecto, que no he oído la menor alusión a este texto durante los últimos años.

LI. — Exacto. Prácticamente no se ha vuelto a hablar de él desde el asunto de Lin Piao, en 1971. Se trata, sin embargo, de auténticos pensamientos del presidente Mao Tsé Tung. Piense, por último, que otro de los puntos fundamentales de las consignas

del viejo equipo, que llevan todas la firma de Mao, ha sido completamente deformado en los últimos tiempos e interpretado de manera arbitraria. Este texto era una invitación a luchar contra el revisionismo, así como contra el imperialismo y la hegemonía. Ahora bien, por un lado, se le ha añadido: luchar contra el revisionismo *que tiene su centro en la URSS*, y por otra parte, las palabras *imperialismo* y *hegemonía* han sido interpretadas unilateralmente como si tales calificativos debieran aplicarse únicamente a la URSS.

»Finalmente, y esto es lo más grave, preparan sus armas contra la URSS imperialista, sirviéndose del apoyo de la otra potencia imperialista, y principal enemigo, los Estados Unidos. Tienen los ojos cerrados y no ven que llevan al pueblo y a nuestra gran revolución proletaria a su perdición. Ya que cuando los carros del Ejército ruso hayan destruido nuestras casas y nuestras cosechas, cuando sus balas hayan terminado con la vida de nuestros campesinos y sus bombas hayan arrasado todas nuestras ciudades, nuestro país se habrá convertido en un inmenso campo de ruinas, despedazado otra vez, como en el siglo pasado, por las garras de todos los tigres imperialistas. Las provincias del Norte quedarán sometidas para siempre a la dura férula de la URSS, y la camarilla de los hijos de Chang podrá finalmente imponer, protegida por los Estados Unidos, el reino del terror blanco en las provincias del Centro y del Sur.

G. B. — ¡Pero esto es espantoso! ¿Cómo ha sido posible? ¿Puede darme alguna prueba?

LI. — No tema; si puedo, lo haré. Aunque para mí y para el camarada Mao, del que no me separé en los últimos meses de su vida, lo más importante era que pudiera hacerle estas revelaciones capitales, ya que era imprescindible que se diera a conocer la verdad, toda la verdad. Era necesario que esta verdad la conocieran todos los pueblos que aspiran a la libertad y, en primer lugar, el pueblo francés, el cual la dará a conocer a los otros. Esta verdad debía también ser conocida por la juventud que es siempre más vigilante. Basta pensar en aquello que decía el camarada Mao: «La juventud es, en el conjunto de nuestra sociedad, la fuerza más activa y dinámica. Los jóvenes están ávidos de conocimientos, y en ellos tienen menos cabida que en los demás las ideas conservadoras. Todo esto es particularmente cierto durante el período socialista.»

»Por lo que a mí se refiere, ya ve que tengo muchos años; yo fui y sigo siendo un viejo compañero de armas y de ruta del presidente Mao, y de este modo cumplo la última misión que aquél me confió, la de crear una contracorriente que permita asegurar al fin el segundo y verdadero relevo de la guardia. Ya que Mao, al volver un poco antes de su muerte la vista por última vez hacia la arena pública, se

dio cuenta, aunque ya casi demasiado tarde, de que aquellos que habían tomado el relevo no eran los apropiados; eran demasiado viejos, y el más joven de ellos, Wang Hong Wen, sujeto a los manejos y alianzas antinaturales de Chiang Ching y Hua Kuo Feng, tampoco era el mejor. El enemigo, en efecto, usted lo habrá sin duda adivinado ya, es en definitiva aquel en quien Mao, durante los últimos años, había creído que debía fundar sus esperanzas, aquel del que le gustaba decir «es mi hijo natural; además, es de la misma provincia que yo, de Hunan, de la que fue un celoso administrador durante los años sesenta». Se trata, pues, de Hua Kuo Feng, el cual se mostró por vez primera tal como en realidad es, en el mes de abril de este mismo año cuando, forzando la mano, ahora tan débil, de nuestro camarada Mao y apoyándose en los desviacionistas de izquierdas del grupo de Shanghai, aquél fomentó los disturbios que tuvieron lugar en Pekín, en los alrededores de la plaza Tien An Men, los cuales le permitieron empañar la memoria del venerable camarada Chu En Lai y liquidar una de las alas del partido, a pesar de que por ser Primer Ministro interino, el camarada Mao le había precisamente designado, al día siguiente de la muerte del llorado Chu, para que se hiciera cargo de las funciones que antes ejercía éste y velase por el equilibrio de las diferentes tendencias en el seno del partido, con el fin de que el respeto de todos y cada uno pudiera dar al pueblo chino la imagen exacta del estado actual de nuestra revolución.

»Pero no, en lugar de eso, traicionó impunemente los deseos y el pensamiento de Mao con el fin de satisfacer su ambición personal. La prueba está en que hizo que se le confirmara en sus funciones de jefe del Gobierno y se le promoviera a primer vicepresidente del Comité Central del partido, con lo que se convirtió oficialmente, tras la destitución de Teng Shiao Ping, en el número dos del régimen.

G. B. — Pero, ¿cómo pudo ocurrir?

LI. — Para conseguir sus fines, Hua Kuo Feng simplemente se alió con el ala izquierda del partido que alienta el grupo de Shanghai. En el seno de este grupo, compuesto principalmente por Chang Chung Chiao, Yao Wen Yuan, Chiang Ching, Wang Hong Wen, encontró, en la persona de estos dos últimos, a sus mejores aliados.

»En efecto, como le indicaba hace un rato, todo eso coincidía perfectamente con los planes y la puesta en escena que se había fijado Chiang Ching para conseguir enterrar o liquidar a los últimos supervivientes de la vieja guardia y para hacer reinar de nuevo el terror de la agitación cultural. Ya que ésa es su verdadera obsesión o, más bien, su verdadero placer; no olvidemos que fue una mujer de teatro. Pero, para ser mujer de teatro, hay que saber también fingir muy bien y, créame, de eso la renegada Chiang Ching sabe un rato largo. Sabía que dentro

de poco ya no podría contar con su «Mao-muralla de defensa»; pero por eso que no quede, la solución será forjarse otra: el bribón de Hua servirá para los efectos. Pero, cuidado con el camarada Hua, ya que su astucia y su ambición son extremadas y yo no sé todavía cuál de los dos reirá el último. En cuanto al joven Wang Hong Wen, éste fue, durante los primeros meses de este año, un valioso aliado para Hua Kuo Feng, ya que simboliza a la juventud responsable del partido y del conjunto del pueblo chino. Por su parte, Wang Hong Wen no tenía más remedio que sentirse satisfecho con esta alianza, primero porque la buenecita mamá Chiang así lo deseaba, luego, porque él mismo creía encontrar en Hua Kuo Feng un escudo contra el revisionismo y un ejecutar excelente a la hora de llevar a la práctica los fundamentos de la línea radical que él y sus amigos del grupo de Shanghai defienden.

»Entretanto, uno termina por no saber ya cuál de estos tres elementos maneja o manejará principalmente a los otros. En cualquier caso, después de la muerte de Mao cada día aparecen nuevos síntomas de los males que generan y no me extrañaría que lo mismo que en enero pasado se apresuraron, resguardándose en el Mao enfermo, a dispersar por los cuatro puntos del país las cenizas del llorado Chu, ahora, por el contrario, se apresurarán, reservándose en esta ocasión algunos privilegios en el seno del partido, a embalsamar los restos mortales del lloradísimo camarada Mao y a construirle un mausoleo convirtiéndolo en objeto de «eterna» adoración para las engañadas masas, a pesar de las instrucciones expresas que nos dio el último heraldo de la gran revolución proletaria. Éstas son, pues, las revelaciones capitales que debía hacerle y éste el motivo de que, tal como me pidió el presidente Mao un poco antes de su muerte, lo haya hecho venir aquí. Pero lo encuentro un poco consternado y preocupado. ¿Esperaba de mí alguna otra cosa?

G. B. — Confieso que no me faltan motivos. Sus revelaciones son tan asombrosas y es tal el cúmulo de informaciones nuevas y precisas que proporcionan sobre lo ocurrido en China durante más de diez años, sobre lo que acaba de ocurrir y sobre todo lo que puede acaecer mañana que, lo confieso, me siento completamente aturdido. También es verdad que creía que me hablaría más del presidente Mao Tsé Tung, al que me describiría con sus cualidades y sus defectos a través de los pequeños detalles y gestos de su vida diaria. Creía que me contaría algún detalle mordaz sobre él y su mujer; por último, pensaba que, al término de nuestra segunda entrevista, yo lo conocería a usted mejor.

LI. — ¡Pero eso son niñerías que apenas si tienen algo que ver con la Historia! Creo haberle enseñado lo que ha sido nuestra revolución y lo que debe continuar siendo. Pienso que de este modo lo he mostrado cómo era en el fondo nuestro llorado ca-

marada Mao y qué fue lo que él quiso construir. En cuanto a mí, si soy motivo de curiosidad para usted, y si el relato de la vida cotidiana de un anónimo guardia del Gran Timonel de nuestra revolución puede ser de algún interés para la idea que usted desea forjarse del pueblo chino, que lucha desde hace casi sesenta años, venga a verme por última vez y le hablaré con mucho gusto.

Ni que decir tiene que el lector atento e informado habrá descubierto en las palabras de Li, el guardia de la Ciudad Prohibida, no pocos hechos desconcertantes que podrían inducir a pensar que se trata de un personaje no oficial de singular importancia en la jerarquía de los dirigentes de China Popular y que, a semejanza de Mao Tsé Tung, conseguiría su inmenso poder manteniéndose apartado de los contactos con las delegaciones extranjeras y de las manifestaciones públicas. Yo mismo había tenido ese presentimiento a mi regreso de China, en el momento en que, de acuerdo con la misión que me había encomendado Li, comenzaba a buscar muy discretamente un editor joven y audaz dispuesto a publicar estas revelaciones. Mi duda, sin embargo, no podía basarse en ningún hecho concreto; para sustentar mis interrogaciones sólo tenía esa impresión desagradable experimentada en todas y cada una de mis tres entrevistas con Li, entre el 15 y el 30 de setiembre pasado, en la penumbra de una sala tranquila de la Ciudad Prohibida. Li se hallaba sen-

tado, de espaldas a la ventana, bastante alejado de mí, al otro lado de su modesta mesa de trabajo. No podía distinguir bien su rostro, poco expresivo, pero me pareció descubrir en él señales de un accidente que, probablemente, había hecho necesaria una intervención quirúrgica.

En todo caso, yo no podía hacerme a la idea de que pudiera tratarse de un simple guardia del presidente Mao Tsé Tung, ni tampoco de un mero intérprete anónimo de su obra y de su pensamiento. Por otra parte, Li, hacia el final de nuestra segunda entrevista, debió de adivinar mi pregunta, porque espontáneamente, antes de despedirse, me rogó que aceptara volver al día siguiente; le gustaría —me dijo— hablarme de él, de su familia y de su modesta vida de oscuro proletario dedicado simplemente a velar por la seguridad del Gran Timonel, como si fuera cuestión de disipar definitivamente hasta la menor duda sobre su identidad.

La realidad es que volví a Francia sin haber podido recoger el más mínimo indicio que pudiera reforzar mis sospechas. Hay que decir que tampoco me dejaron tiempo. Con la excusa de velar por mi seguridad personal, Li ordenó, al día siguiente de mi última visita, que me fueran asignados dos guardias de la Ciudad Prohibida, los cuales, al igual que el intérprete que habían puesto a mi disposición con anterioridad, no se despegaron de mí ni un paso mientras llegaba la hora, algunos días después, de conducirme al aeropuerto.

La única esperanza que me quedaba de poder ver claro consistía en desvelar mis percepciones a

Li con el fin de incitarle a que hablara. En el aeropuerto, mi intérprete me hizo entrega a hurtadillas, antes de dejarme en el vestíbulo de embarque, de una carta en la cual Li me daba el número de un apartado de Correos de París que me permitiría entrar de nuevo en contacto con él en caso de absoluta necesidad. Tan pronto estuve en París no pude evitar escribirle la siguiente carta, a pesar de que sabía el peligro que podía representar para mi vida (o para la suya):

Apreciado camarada Li:

Usted me contó durante nuestra última entrevista cuál había sido su vida desde hace unos 25 años, es decir, desde los comienzos de la República Popular China. Para ser franco, creí comprender que esas confidencias me las hacía con el único objeto de disipar las dudas que sobre su identidad había creído ver surgir en mi espíritu hacia el final de nuestra segunda entrevista.

Desgraciadamente, debo decirle que no pude llegar a creerme esa parte de sus confesiones, a pesar de que es la menos inverosímil.

Al contrario, incluso me ha reafirmado en mis dudas, ya que veo en todo eso una estratagema.

Inmediatamente después de la muerte de Mao, para poder seguir impunemente en la sombra, usted quiso imponer una vez más, una última vez, pues más tarde ya no sería posible, una versión oficiosa de los últimos diez años de la revolución china. Sin

embargo, al ir mucho más lejos que la versión oficial en relación con los poderes que era posible suponer había ejercido Chu En Lai así como al poner en duda la muerte de Lin Piao, usted mismo se ha traicionado. Queda, por supuesto, el problema de saber si lo hizo voluntariamente y, en tal caso, con qué objeto, o si lo hizo en contra de su voluntad. En efecto, si usted deseaba tanto que el público pudiese considerar la posibilidad de que, escondido en secreto detrás de Mao había habido un hombre fuerte, verdadero cerebro de la gran revolución proletaria china, y si el portador del mensaje era usted, es sencillamente porque, de alguna manera, le atañe a usted y le beneficia.

Con tales revelaciones pensaba, en efecto, alcanzar tres objetivos fundamentales:

1. — Disminuir el prestigio de Mao Tsé Tung que usted, sin embargo, en otro tiempo, durante la revolución cultural, había contribuido a forjar en buena medida.

Para conseguirlo tendría que sustituir la imagen tradicional de Mao Tsé Tung como genio de la revolución proletaria china por la de un hombre más bien ávido de poder, hábil y maquiavélico estratega en los años sesenta y, luego, durante los seis últimos años de su vida, convertido en un viejo un tanto ya al margen de los acontecimientos. De este modo conseguiría debilitar a sus incondicionales en el seno del partido y del Gobierno, es decir, a los militantes del grupo de Shanghai.

2. — Al mismo tiempo desacreditar definitivamente a los ojos de los maoístas a Chu En Lai y a

sus amigos, en quien algunos, en determinada época, pudieron ver al hombre o a los hombres del requerido compromiso entre la derecha y la izquierda.

3. — Introducir la idea de que el ejercicio del poder en China Popular no era forzosamente, y en contra de las apariencias, patrimonio de un solo hombre, sino la obra de un colectivo de líderes revolucionarios que, por mandato del grupo, ocupaban, cada uno a su vez, el primer plano de la escena.

Usted, camarada Li, fue en realidad quien en setiembre de 1971, al aceptar ser la víctima oficial de una estratagema montada por Mao Tsé Tung, Chu En Lai y usted mismo para poder terminar con la anarquía y las convulsiones que, nacidas de la revolución cultural, agitaban a todo el país, así como con la influencia del Ejército en el partido, el Gobierno y las masas populares, usted, pues, fue quien corrió el máximo riesgo y asumió el mayor de los sacrificios. Aunque me parece que hoy se ve bastante bien recompensado y que el haberse hecho pasar por muerto le ha permitido, como en el bridge, no sólo ver morir a sus dos compañeros Mao y Chu, sino también enterrarlos. Desgraciadamente, usted no pensó que en el último momento Chiang Ching, la viuda del presidente Mao, y Wang Hong Wen, maoístas convencidos y puros, podrían convertirse también en enemigos temibles dispuestos a desenmascararlo y a sepultarle otra vez, intentando, concretamente, fabricar un testamento falso del presidente Mao en el que se le denunciaría a usted y a su nuevo brazo derecho, el tan temido Hua Kuo Feng.

Así, pues, fue usted, camarada Li, el verdadero

Deus ex machina, *el gran manitú de la revolución china; usted no es el guardia Li, sino el compañero de armas Lin, el soldado del Ejército Rojo, el héroe de la revolución cultural y el de la caza de los enemigos de clase. Que el camarada Hua Kuo Feng que tan buenos servicios le ha prestado hasta el momento y que últimamente, en la batalla contra Teng Shiao Ping fue su nuevo brazo derecho, más vigoroso sin duda de lo que lo hubiera sido Chu En Lai, que él, digo, pueda ser siempre junto a usted su más fiel servidor como lo fuera Mao Tsé Tung y como usted lo fuera para él. Es así como logrará suprimir a esos renegados izquierdistas.*

Atentamente,

GÉRARD BOULAKIAN

P. S. Pero desconfíe, ya que tan fácilmente podrían matarlo ahora que se le considera muerto o mantenerlo cruelmente encerrado lejos del poder, en el corazón mismo de esa Ciudad Prohibida que fue, empero, el corazón de la gran revolución proletaria china. Su posición es muy delicada y vulnerable; no le quedan otras bazas que el testamento de Mao Tsé Tung y la conciencia del pueblo chino.

Una semana después de haber enviado esa carta temeraria al número del apartado de Correos que me había sido indicado y tres días antes de que empezara a imprimirse el Testamento de Mao Tsé Tung, encontré, a guisa de respuesta, deslizado bajo la puerta de mi domicilio parisiense por un emisario anónimo, un sobre lacrado con la mención «G. B. — *Para ser publicado con el Testamento.*»

Me imaginaba que dentro iba a hallar simplemente la respuesta a una carta que constituía una denuncia: me quedé estupefacto al encontrar una información de suma importancia que, en cierto modo, podría considerarse como una respuesta indirecta a la carta que envié a Li con objeto de que se diera a conocer, pero que, por encima de todo, no es sólo un *scoop*, es una verdadera bomba para el mundo moderno. Se trata, ni más ni menos, de la retranscripción en francés, por el intérprete de Li, sin duda el mismo que pusieron a mi disposición durante mi estancia en China Popular, de la grabación secreta en cinta magnética (fruto de la desconfianza que los dirigentes chinos sienten unos de otros) de una conversación que tuvo lugar en Pekín, en la primera semana de octubre de 1976, en el recinto de la Ciudad Prohibida, entre Chiang Ching (alias señora de Mao Tsé Tung, usufructuaria como tal del régimen, miembro de la junta política del PPC y pasionaria de la Gran Revolución Cultural) y el joven Wang Hong Wen, miembro también de la junta política (uno de los más importantes líderes del grupo de Shanghai, adalid del maoísmo de izquierda del régimen y aliado incondicional de la viuda de Mao Tsé Tung).

Las páginas siguientes son la reproducción íntegra de dicho documento. Tales páginas indican que

unas tres semanas antes, es decir, después de la muerte de Mao Tsé Tung (el 9 de setiembre de 1976) y luego de que el 29 de setiembre de 1976 abandonara Pekín James Schlesinger, el ex ministro de Defensa del presidente Nixon, el cual se había entrevistado largamente con el número uno del P. C. y del Gobierno chino, Hua Kuo Feng, tuvo lugar una conferencia secreta internacional que agrupó representantes de los cinco países siguientes: China, Estados Unidos, URSS, Alemania Federal y Francia, con vistas a negociar un nuevo reparto del mundo. La importancia de esta grabación es absolutamente capital, puesto que revela las causas y los resultados de esta negociación.

Confieso que dichas revelaciones me dejaron tan desconcertado que me creo en la obligación de hacer partícipe al lector de las dudas que tuve sobre la autenticidad de tales documentos.

Dos hipótesis podían considerarse:

1. — Mi misiva a Li pudo haber sido interceptada por algún servicio de contraespionaje como la KGB, la CIA o los servicios especiales de la policía privada de Hua Kuo Feng, por no citar más que los principales. Si tal era el caso, el problema se complicaba de manera singular.

En efecto, aun limitándonos a la simple hipótesis de que el documento no podía tener otro objetivo que desacreditar, en el plano internacional, a Chiang Ching, Wang Hong Wen y a sus aliados del grupo de Shanghai y de aquellas universidades favorables a la revolución cultural, se podían encontrar verdades para todos los gustos, según que el intérprete de Li estuviera o no a sueldo de una facción distinta a la del propio Li. Se pueden imaginar mi desconcierto cuando, en razón del documento, tuve que conceder a Chiang Ching y a Wang Hong Wen un crédito muy diferente.

Por otra parte, si el intérprete de Li estaba a sueldo de una facción diferente,

—¿era ésta la de Hua Kuo Feng?

—¿era la de Teng Shiao Ping?

—¿era la del Kremlin?

—¿o era la de la Casa Blanca?

De todos modos, ¿no estarían todas ellas de acuerdo sòbre la línea de conducta que debían adoptar en este asunto?

¿Era el documento obra exclusiva de una de ellas o había sido preciso que llegaran a un acuerdo? ¿Cuál era, según las apariencias de cada caso, la parte de verdad de cada una de las hipótesis enunciadas? ¿Este acuerdo a nivel internacional no tendría como primer objetivo el de disimular su propia existencia dando una visión diametralmente opuesta del porvenir del mundo y el de querer mostrar con ello que el «peligro amarillo» se cerniría a no tardar mucho sobre el mundo si China caía en la tentación de la revolución permanente?

2. — En caso contrario, si el intérprete de Li era uno de sus incondicionales, Li habría recibido con toda seguridad mi carta. Pero eso, por otra parte, tampoco demostraba con seguridad que fuera Lin Piao, como yo había creído adivinar. Confieso haber sido yo mismo incapaz en ese momento, a pesar del conocimiento que tengo de los problemas chinos y

de las relaciones internacionales, de distinguir lo verdadero de lo falso, la realidad de la ficción, lo posible de lo puramente fantástico. Afortunadamente, sin embargo, ya que, una vez más, nada en esta misteriosa Ciudad Prohibida iba a ser dejado al azar, los últimos acontecimientos que se han producido en China, poco después de mi marcha, más exactamente a partir de la noche del 7 de octubre de 1976, me han proporcionado la clave del enigma. Según se considere que es necesario o no creer en la virtud pedagógica del teatro revolucionario, será posible o imposible comprender aquello que va a configurar el mañana de todos nosotros.

SEGUNDA PARTE

EL PORVENIR DEL MUNDO

MESA REDONDA POR UNA DESCONOCIDA

Nuestra política, que fijamos hace ya tiempo, consiste en pagar con la misma moneda... El modo de hacerlo depende de la situación. A veces, pagar con la misma moneda es negarse a negociar; a veces, ir a negociar es también pagar con la misma moneda. Tuvimos razón cuando nos fuimos y la seguimos teniendo ahora que vamos; tanto en un caso como en otro, se trata de pagar con la misma moneda.

MAO TSÉ TUNG

En su corazón, un millón de esforzados combatientes.

YEN CHANGLIN

Por lo que a la guerra se refiere, en el fondo sólo hay dos posibilidades: que la guerra provoque la revolución o que la revolución conjure la guerra.

MAO TSÉ TUNG

EL PORVENIR DEL MUNDO

CHIANG. — Mira, en esta visita a Occidente, no he visto gran cosa. Llegamos por la mañana pronto al aeropuerto, a muy poca distancia de allí, un coche de la Embajada llegó a recogernos a Mao y a mí y nos condujo directamente al lugar de la conferencia.

WANG. — Pero; ¿viste proletarios occidentales? ¿Y qué hay de la lucha de clases?

CHIANG. — Recuerda lo que él mismo nos decía: «Nada se parece tanto a un funcionario como un burócrata.» Por supuesto que vi gente a través de los cristales del coche, pero para mí el rostro de los

blancos resulta tan impenetrable que me niego a cualquier conclusión apresurada.

WANG. — Ya, ¿pero qué hay de la lucha de clases, de la opresión de las masas trabajadoras, de la represión policial, del lumpen proletariado, en fin, todo eso que aprendimos en la escuela del Partido?

CHIANG. — Wang, escucha, por supuesto que vi algunas cosas; debo confesar que algunas de ellas me extrañaron; otras, me impresionaron, y las hubo que llegaron a inquietarme por las contradicciones que revelan en relación con lo que nosotros pensamos sobre la lucha contra el imperialismo de todas clases, pero todo eso es sólo una visión subjetiva, tentación en la cual, lo sabes muy bien, me niego a caer. De todos modos, supongo que si me has convocado tan pronto, no será únicamente para conocer el salario de la traición del proletariado occidental.

WANG. — Tienes razón, camarada, pero ya conoces mi enorme curiosidad al respecto, ya que nunca he salido del país, excepción hecha de mi visita a Albania hace seis años.

CHIANG. — Entonces, tan pronto estuvimos reunidos, todos quisieron saber por qué estaba yo allí. De hecho, les extrañaban dos cosas. La primera es que todos ellos me creen la verdadera instigadora de la conferencia. La segunda —y probablemente la que en su ingenuidad les ha quedado más grabada— que fuera yo, la viuda del Gran Timonel, la que las instancias del Partido hubieran elegido como representante de nuestros hermanos de la revolución china.

»Debo confesar, además, que tuviste una intuición genial al insistir para que el camarada Hua Kuo Feng me enviara a mí como delegada, pues el árbol era tan enorme que sus ramas no dejaban ver el bosque y, así, mi legitimidad en cuanto representante del pueblo chino no fue puesta nunca en entredicho.

»Lo más gracioso, por otra parte, es que el delegado francés, ya sabes, aquel que tanto nos debe y del que Chu En Lai decía: «Es la vista de lejos y sin necesidad de lentes del general De Gaulle», se creyó obligado a renovar, en nombre de su Gobierno, el pésame de los millones de oprimidos que asegura representar. Por lo que decía, todos los conciudadanos, con él a la cabeza, lloraban la pérdida de nuestro Gran Timonel, lo que no deja de tener cierta gracia cuando todos sabemos las cruzadas que lanza una y otra vez contra la justa causa por la que nosotros lucharemos hasta el último suspiro. A pesar de eso, debo reconocer que no fue él el único, ya que el

propio Gromyko, el muy traidor, se sintió obligado a unirse al dolor que, en sus palabras, yo debía sentir.

WANG. — Bien. ¿Y la segunda cosa?

CHIANG. — Ah, eso me costó mucho más trabajo. Debo confesar que resultó mucho más difícil hacerles admitir que no éramos los instigadores de dicha conferencia y más aún evitar que llegaran a imaginar los motivos que nos movieron a solicitarla.

WANG. — Supongo que el delegado norteamericano te sería de gran ayuda y que las semanas que pasó aquí contribuirían en buena medida a hacerles creer que nuestra presencia allí se debía sólo a la apremiante insistencia de Estados Unidos.

CHIANG. — Sí, en efecto, supo arreglárselas muy bien. Pero déjame que te cuente lo que en realidad ocurrió.

»De hecho, el primero que se refirió al fondo de la cuestión fue el camarada Schlesinger. Después de hacer una larga exposición sobre la situación mundial tras la muerte de Mao y sobre las consecuencias que ésta podía tener con el tiempo, tanto en nuestra orientación política como en el concierto internacional, propuso que examináramos juntos las medidas que convendría tomar, teniendo sumo cuidado en definir cuál iba a ser, esquematizada a grandes rasgos, la política de su propio país en los próximos años.

WANG. — Sí, pero recuerda mis reservas sobre la representatividad y el porvenir político de dicho delegado norteamericano.

CHIANG. — Te repito que no vale la pena inquietarse, además este último nos dio toda clase de seguridades en cuanto al valor de sus compromisos y ello cualquiera que sea el resultado de la farsa electoral que debe tener lugar próximamente en Estados Unidos. Esto confirma, una vez más, lo que nos había dicho el camarada Hua Kuo Feng.

»De lo que en realidad se trata oficialmente, para él o para sus sucesores, es de negociar con toda honorabilidad la retirada política y militar de Estados Unidos del conjunto de la escena mundial. Tú no desconoces los efectos tan desastrosos que para nosotros podría tener una política aislacionista por parte de Estados Unidos puesta en práctica durante largo tiempo. Pero tampoco desconoces la ventaja

tan fabulosa que representa durante los próximos cinco años si sabemos aprovechar una ocasión que llevamos tanto tiempo esperando.

WANG. — En el plano interior, no creo que les cueste mucho ampliar la tendencia al aburguesamiento que parece afecta a la mayoría de los trabajadores norteamericanos. Pero supongo que para generalizarla y poderle sacar provecho exigirán de nosotros, lo mismo que de casi todos sus aliados, un cierto número de concesiones.

CHIANG. — Tienes razón, por supuesto, pero igual que el insecto que va a estrellarse contra la lámpara, ninguno de esos distinguidos diplomáticos se olió la trampa que se les tendía. Habrá que decir que la legendaria torpeza de la diplomacia norteamericana contribuyó considerablemente a afianzar en los diferentes países participantes la idea de que, económicamente en apuros a consecuencia de una crisis mundial casi insuperable, y política y sociológicamente débil por los agudos reveses de los últimos años, toda América, cansada de servir de bandera del imperialismo y de emblema de los países fascistas que sostiene económica y militarmente, habría decidido retirarse, al menos provisionalmente, a cambio de una solución definitiva de determinados conflictos muy localizados geográficamente, por un

lado; y de otro, a cambio de que se le dieran garantías formales de un equilibrio de las fuerzas representadas por los cinco grandes durante los próximos diez años.

WANG. — ¡Vaya! Decididamente, a los americanos se les han pegado muchas cosas nuestras.

CHIANG. — Sí, sobre todo visto lo hábilmente que supieron dosificar sus exigencias en relación con los diferentes colegas.

»En realidad, y fue así como finalizó la primera intervención del ex secretario de Estado para la Defensa, hicimos que se nos sometiera el programa siguiente:

»—Resolución de la cuestión europea mediante la estabilización de los regímenes actuales.

»—Garantías de no injerencia, por parte de los países miembros, en la política de los Emiratos del golfo Pérsico y del Irán, con el fin de asegurar la estabilidad en el abastecimiento y los precios del petróleo.

»—Paralización de la penetración soviética y china en todo el continente africano y, muy especialmente, en la parte meridional, así como en América del Sur.

»—Neutralización efectiva de los únicos países de

Extremo Oriente que no han caído aún en brazos de la revolución.

»—Reparto de influencias en el Pacífico Norte y acuerdo de principios con la URSS para la restitución de las islas Kuriles al Japón.

WANG. — Muy bien. ¿Y cuál fue la primera reacción de las diferentes partes afectadas?

CHIANG. — Oh, mira, son todos como títeres. Necesitaban tiempo para contestar y hubo que retrasar la continuación de la conferencia hasta el día siguiente. De lo que sí estoy segura es de que sólo en tres horas el camarada norteamericano había transformado sin querer a cada uno de los participantes en un celoso propagador de la estrategia de la República Popular de China.

WANG. — Creo que tu entusiasmo revolucionario te lleva a exagerar, querida camarada de lucha. Que todos esos adversarios se hayan dejado engañar, lo admito, ¡pero de eso a decir que todos se han puesto del lado de la revolución...!

CHIANG. — ¡Que sí! Su apetito imperialista es tan feroz que, ante la aparente ausencia de su colega norteamericano, inmediatamente cada uno de ellos ha tomado medidas para ocupar su lugar en sustitución de aquél, de tal forma que ni uno solo, con excepción tal vez del viejo zorro de Gromyko, se preguntó realmente a qué se debía todo eso.

WANG. — «Cuanto más alta es la montaña, más precisa es la vista del campo de batalla.» Eso decía el gran maestro del Go, Kao, ¿recuerdas?

»Una vez más, los europeos sólo han visto en esta reunión el interés que podían obtener de ella a corto plazo.

»El deseo de conservar el poder constituye en ellos una obsesión tan grande que su estrategia es siempre electoralista y, por tanto, llevan forzosamente las de perder. Se ven obligados a poner al servicio de sus ambiciones lo mejor de sus fuerzas, reaccionando según las circunstancias y privándose así de toda posibilidad de fijarse un objetivo importante, característica irrefutable de una gran nación.

CHIANG. — En realidad, es su propio sistema democrático el que los condena irremediablemente a perder sus batallas contra nosotros.

WANG. — Desde luego. En cuanto a nuestros aliados del momento y los revisionistas soviéticos, aunque se hallan libres de todas estas contingencias electorales, no pueden tener nuestra altura de miras. El sistema soviético, ni que decir tiene, excluye toda participación de los trabajadores en la dirección del país. Por otra parte, el norteamericano, fundado en un aparente turno en el ejercicio del poder, es igual de ineficaz, ya que mantiene a perpetuidad en los puestos de mando a la misma camarilla.

»A pesar de eso, a pesar de su potencial económico y de su arsenal de guerra, algo les falta, Chiang, y eso, esa creencia en un mundo justo y fraternal, no lo tendrán jamás.

»Por supuesto que se pueden fijar objetivos a más largo plazo que los europeos, por supuesto también que nos pueden ganar en alguna ocasión, pero, sin una verdadera razón de ser, se ven condenados a errar en tanto no consigamos que se unan a la corriente de la lucha revolucionaria, desviándolos del callejón sin salida del revisionismo y de la arrogancia del capitalismo.

»Pero, dime, Chiang, ¿qué pasó después de la declaración norteamericana?

CHIANG. — Oh, lo primero de todo, solicitaron poder consultar a sus Gobiernos. Ni que decir que cada uno de ellos andaba como loco sopesando las posibilidades que tenía de sacar tajada, preguntándose qué iba a dar a cambio que no le costase y, sobre todo, espiando a su vecino, listo para pujar más alto a la menor oportunidad.

WANG. — ¿Pero no tenían miedo al hacer las primeras proposiciones de revelar sus móviles y, finalmente, su verdadera estrategia?

CHIANG. — ¡No, en absoluto! Ya sabes, su finalidad no se la esconden y si lo hacen alguna vez es por cinismo o por miedo al ridículo. ¿Pero conoces uno sólo de esos países cuya finalidad última no sea, a fin de cuentas, imponer a todos los demás su propio orden? ¿Conoces a uno solo de sus dirigentes que declare que el sistema que lo engorda no es el mejor? Recuerda que ni siquiera aquí estamos al abrigo de esos extravíos de viejo vanidoso, acuérdate de nuestro antiguo camarada, aquel que nos traicionó, Lin Piao, ese renegado derechista que había olvidado la diferencia fundamental que existe entre la voluntad imperialista de nuestros enemigos y la nuestra.

»No olvides tampoco, mi estimado Wang, mi fiel aliado en esta larga lucha en que estamos enfrascados, que nuestro objetivo no es apoderarnos del imperio de nuestros enemigos, sino simplemente que nuestras creencias nos exigen que hagamos triunfar en todo el mundo el comunismo y la revolución.

»No olvides que al obrar así lo único que hacemos es llevar a la práctica nuestra inconmovible fe en el pensamiento marxista-leninista del presidente Mao Tsé Tung y en la necesidad de la revolución mundial.

WANG. — Por supuesto, pero ahora dime qué pasó después.

CHIANG. — El primero que dejó ver una parte de sus cartas fue el alemán Willy Brandt. Ya conoces los lazos, algo más que sentimentales, que tiene con la Unión Soviética; te acordarás sin duda también de su espectacular dimisión cuando se puso de manifiesto que entre sus más cercanos había algunos que mantenían unas relaciones demasiado estrechas con la camarilla revisionista de Moscú. Ya te imaginas, pues, que sabía que en la URSS tenía a un aliado poderoso que apoyaría sus reivindicaciones; es incluso muy probable que los dos países hubieran celebrado antes de la conferencia, como hicimos nosotros con Schlesinger, algunas conversaciones preparatorias y que unos y otros, conocedores en parte de sus intenciones, se hubieran puesto ya de acuerdo sobre determinados puntos.

»Así, pues, Willy Brandt se ofreció en primer lugar para asegurar la «protección», como él mismo dijo, de Rhodesia y África del Sur. A decir verdad, e imaginándose que todos considerarían que era un regalo emponzoñado, no puso demasiado empeño en conseguirlo. Ah, el delegado francés, claro, protestó en nombre de su Gobierno, haciendo referencia a fabulosos contratos que estaban a punto de firmarse. Debo aclarar, sin embargo, que, como las otras fuerzas representadas en la conferencia, no tenía aire de creerse lo que estaba diciendo.

»Una vez enunciada esta pretensión, el delegado alemán, para justificar al mismo tiempo su demanda y preparar el auditorio para la siguiente, mucho más importante, se lanzó a una larga diatriba contra los países occidentales.

»«Alemania —dijo—, no puede permitirse tener que soportar la incompetencia de sus vecinos, por más tiempo; Alemania no está dispuesta a que su economía tenga que soportar por sí sola las desfallecidas monedas vecinas.»

»Willy Brandt, más que pedir exigió que en Occidente reine de nuevo el orden, atacó la política de su vecino francés, el cual, por otra parte, fue en ese momento lo bastante prudente como para no entablar una polémica. Finalmente, declaró sin ambages que si el Gobierno francés no adoptaba inmediatamente las medidas económicas que proponía, Alema-

nia se negaría en redondo a pagar los vidrios rotos y dejaría a sus aliados hundirse en la bancarrota.

WANG. — Me imagino que, con excepción del delegado francés, todo el mundo debió manifestarse satisfecho.

CHIANG. — Por supuesto, y la segunda exigencia la hizo en buena parte debido a esta complicidad. Después de haber disertado largamente sobre la necesidad que tiene Alemania de encontrar nuevos mercados para sus excedentes de producción y sobre los peligros potenciales que podría acarrear la creación a partir de Rhodesia y África del Sur de un imperio semicolonial, en lo que todo el mundo, incluido Schlesinger, dispuesto a contrarrestar en este asunto las maquinaciones de su rival norteamericano Kissinger, parecía ya quererle dar la razón, Brandt solicitó que se contemplara a muy corto plazo, es decir, dentro de los próximos cinco años, ¡la reunificación de las dos Alemanias!

WANG. — ¡Cómo me hubiera gustado estar allí para ver la cara que ponía el delegado francés!

CHIANG. — Desengáñate, es un diplomático con mucho tacto y como, para él, todo es posible, empezó a considerar las posibilidades que tenía de oponerse a un proyecto así y luego intentó probablemente hacer una estimación de lo que en razón podía esperar a cambio de una eventual aprobación por parte suya.

WANG. — Pero, ¿y los otros? ¿Los americanos, por ejemplo?

CHIANG. — ¡Ellos estaban encantados, por supuesto! Asistir, sin intervenir, a la consolidación del bloque del que se es líder es una satisfacción demasiado rara para que nadie se queje.

WANG. — ¿Y los rusos?

CHIANG. — Como te dije hace un rato, estoy segura de que los muy ladrones se habían puesto ambos de acuerdo con anterioridad. ¿No fueron sus razonamientos opuestos a los norteamericanos? ¿En defi-

nitiva, quién se come a quién? ¿Willy Brandt a favor de quién está realmente? Imagínate, simplemente, lo que podría representar para la URSS una Alemania unida y bien avenida. Imagínate un nuevo pacto germanosoviético...

WANG. — Ya sé que tienes razón, pero esperaba que esa bomba haría más ruido. Esperaba que a los soviéticos les habría quedado algo de su lucidez revolucionaria.

CHIANG. — Ahórrate los sentimentalismos, camarada. Cuando a los lobos se les caen los dientes y se vuelven miopes, no sirven ya para nada, y nosotros debemos alegrarnos de esto.

WANG. — En realidad, todo eso confirma los datos que nos habían facilitado nuestros informantes; su estrategia, pues, es justo lo que nosotros habíamos imaginado. Sabes, Chiang, dentro de cinco años les será imposible reconocer el mundo que les vamos a fabricar.

CHIANG. — Ahora, escucha cuál fue la posición del imperialismo soviético, la enunciada por Gromyko,

el viejo estalinista que el revisionismo salvó de milagro. Ya sabes que lo aprecio, no sé bien por qué; me hace pensar en un caballo ya viejo al que no se remplaza por falta de sucesor o tal vez, simplemente, porque hace bien lo que se le ordena. Pero, alabada sea la memoria del presidente Mao, ya no tiene la perspicacia de otras veces, con la que creo hubiera manipulado más hábilmente. Por otra parte, él mismo me confesó que ahora sólo jugaba al ajedrez en contadas ocasiones, ya que cada vez le resultaba más difícil concentrarse y que a veces en esas ocasiones se refugia en un juego tímido y defensivo. Resulta triste ver a un hombre como él consumido por la vejez.

WANG. — Sí, esto me hace pensar un poco en nuestro gran timonel, quien después de su terrible congestión se dejaba manejar por los revisionistas. Tampoco él estaba ya completamente en sus cábales y en los raros momentos de lucidez que tenía se daba cuenta de las tretas que le hacían los economistas, Teng Hsiao Ping, por ejemplo.

CHIANG. — Sí, pero aun en esos momentos ya no se le veía ese ardor revolucionario que yo tanto admiraba en él al principio de nuestra gran Revolución cultural; actuaba y razonaba como una vieja tímida y fatalista, y yo creo, piensa tú lo que quieras, que

tuvimos razón cuando hicimos entrar en el juego a Hua Kuo Feng que después de su muerte parece haber depositado en mí el respeto y el afecto filial que sentía por Mao.

WANG. — Sin embargo, no te fíes demasiado, pues desde el 30 de setiembre, el día en que maniobrando en la sombra hicimos que se le confirmara en su papel de sucesor de Mao Tsé Tung, se halla al timón del gran navío, expuesto, en nuestro lugar, a todos los nubarrones. Pero consciente de que permaneciendo pasivo se podría convertir algún día en cabeza de turco, no me extrañaría nada que, a escondidas, no estuviera preparando con su policía alguna mala faena.

CHIANG. — Volviendo a Gromyko, éste se manifestó de acuerdo con sus colegas sobre algunos puntos y luego expuso sus condiciones, indicando que si no se cumplían sentiría mucho tener que rechazar las proposiciones norteamericanas y alemanas.

»La primera de ellas, además, iba dirigida contra nosotros, ya que exigía a Estados Unidos que se deshiciera lo antes posible de los regímenes títere que disimuladamente favorece. Chile, Argentina y Paraguay debían durante el próximo año, según él, sustituir a sus dirigentes por equipos que llamaran menos la atención, algo así como una repetición del golpe que tuvo lugar en Grecia en 1974.

»Como verás, los tiros van dirigidos contra nosotros, pues el viejo zorro sabe muy bien que en un año la situación prerrevolucionaria en que se encuentran hoy esos países tiene que desembocar en revueltas populares y que los títeres serán derribados. Eso es lo que él más teme. Prefiere pactar con regímenes burgueses moderados antes que tenérselas que ver con auténticos y siempre incorruptibles revolucionarios cuya fe se ve reanimada sin cesar por sus adversarios fascistas.

»Por otra parte, esta cuestión no fue objeto de discusión alguna, ya que a todos les interesaba.

»Lo primero que comprendieron fue que el envite de esta escaramuza era detener la extensión de nuestra zona de influencia.

»Después, todos vieron en esta proposición la ocasión de una operación de política interior, que siempre viene bien en épocas preelectorales; se veían ya anunciando a sus cándidos pueblos que era «gracias a la acción conjugada de las grandes potencias»... etc.

»Alemania, cansada por la imposibilidad en que se encuentra —frente a situaciones económicas catastróficas— de mantener relaciones económicas seguidas con dichos países, encontró en eso un motivo más para aceptar esa proposición.

»Gromyko pidió a continuación que se levantara totalmente el bloqueo económico a Cuba. Pero debo confesar que los castristas le han dado tantos disgustos durante los últimos 15 años, que apenas si insistió en esta demanda.

»De hecho, los dos problemas que más le preocu-

paban los había dejado para el final.

»Primero exigió que el problema de Oriente Medio se solucione definitivamente; para ello propuso la división del Líbano en dos Estados, uno de obediencia palestina, reforzado por la retrocesión por parte de Israel de algunos de los territorios ocupados, y el otro, bajo mandato cristiano y sin conexión política determinada.

WANG. — Es normal, claro, la URSS, incapaz de hacer frente a sus contradicciones internas y medio arruinada por sus catastróficas reformas agrarias, ya no puede asegurar el sostenimiento económico y militar de sus vasallos y se ve condenada, al menos durante algunos años, a dejar a éstos a merced de otras influencias.

CHIANG. — Déjame que termine con lo más gracioso. ¿Te imaginarías qué fue lo último que pidió Gromyko, aquello por lo que estaba más interesado? Bueno, imagínate que exigió que, dejando aparte la cuestión alemana sobre la que se podría llegar a un acuerdo especial, los Estados Unidos respetasen la parte de los acuerdos de Yalta que se refiere a la división de Europa en dos bloques. Acusó al Gobierno francés, y a través de él a todos los Gobiernos de la Europa Meridional, los únicos que han hecho que se desarrollara una oposición social-comunista, de

no ser capaces de garantizar su continuidad. Y a nosotros los chinos nos acusó de estar en el origen de estos partidos de oposición y de ponerlos en contra de la URSS. Gromyko exigió, pues, a norteamericanos y alemanes que se ponga término a la incertidumbre y el desorden en todo el sur de Europa.

WANG. — Supongo que en esto el acuerdo sería general, les interesa a todos, en especial a los dirigentes franceses que, en la difícil situación por la que atraviesan, se sentirían tranquilizados de poder contar con el apoyo activo de sus aliados occidentales y de la Unión Soviética.

CHIANG. — Debo decir que el delegado francés, que consideraba que dicha proposición se ajustaba a la línea señalada por el general De Gaulle, sonreía encantado.

»Gromyko insistió incluso para que Francia volviera a incorporarse a la OTAN. Y para estar seguro de que ni Italia ni Portugal podrían abandonarla en los próximos cinco años, pidió a los Estados Unidos que ejercieran presión sobre los respectivos Gobiernos.

»Ya te imaginarás que uno de los fines de esta propuesta de Gromyko es permitir que la URSS tenga las manos libres para anexionarse Yugoslavia, mediante una intervención militar, a la muerte, ya

no muy lejana, del mariscal Tito.

»Ahora le toca el turno a Francia y a su representante, al que el camarada Mao recibió aquí en varias ocasiones.

»Él, a su vez, hizo mención de las crecientes dificultades que les crean los últimos restos de su imperio colonial, habló de abismo financiero y de seísmos devastadores, pero se refirió también a situaciones geográficas de gran interés estratégico para muchas naciones ambiciosas y a situaciones políticas, que se habían hecho insostenibles, de las que éramos responsables y a las que había que poner remedio; de hecho, propuso vender, sin más complicaciones, Guadalupe y la Martinica.

»Por último pidió, como la cosa más natural del mundo, el pago del préstamo ruso.

»Hay que decir que fue en ese momento cuando el estupor alcanzó el límite. Te aseguro que su comportamiento no es tan absurdo como parece: en apariencia, sin pretensiones de ninguna clase, el Gobierno francés estaba poniendo en práctica una política bien conocida entre sus aliados africanos, la de amparar para ver qué cae. Lo que estaba en venta era la neutralidad de Francia en el escenario internacional: los rusos, los norteamericanos y los alemanes eran los que tenían que decidir.

WANG. — ¿Y nosotros? ¿Qué fue de lo que esperábamos de él?

CHIANG. — No te preocupes, todo fue muy bien. Al hablarse de nuevo de la pacificación del Líbano fue cuando el delegado francés expuso la segunda petición de Francia: la hegemonía política en la cuenca mediterránea. Si constituía o no en ese momento una petición aún más sorprendente que la de la reunificación de Alemania, es algo que prefiero que juzgues por ti mismo... El caso es que debido a la ausencia de los demás países implicados... cada uno tomó nota de esta petición y dejó para más tarde la posibilidad de contestar favorablemente o no.

WANG. — Me imagino que, a continuación, tú también habrás tenido que poner tus cartas sobre la mesa.

CHIANG. — Sí, claro, y todos mis esfuerzos los concentré en dos puntos principales. Primero hablé, tal como me dijiste, de Formosa. Hice notar que si se hablaba de reunificaciones, parecía lógico que se tuviese también en consideración la de nuestro país. La reacción fue más bien débil. Después de la muerte del sanguinario Chiang, ven ya muy pocos lazos de unión con ese mundo corrompido que nunca llegaron a comprender.

»En realidad, me pareció comprender que, tal

como nosotros hemos sostenido siempre, para ellos el asunto de Formosa era una cuestión de política interior y que, por tanto, en virtud del principio de no injerencia en los asuntos internos de un Estado, ninguno de ellos movería un solo dedo si decidiéramos la reintegración de dicha provincia.

»Por el contrario, pude notar que la resistencia era mucho mayor cuando hice referencia a los problemas fronterizos que tenemos con la URSS. Solicité que se examinara el problema con atención y puse de relieve que podría dar lugar a un conflicto generalizado, ya que aquellos de nuestros hermanos separados de la madre patria por la voracidad del imperialismo soviético soportaban cada vez peor las exigencias de sus opresores.

»Ya ves que no solicité nada nuevo, pues, a decir verdad, lo que tenía que pedirles todos estaban dándonoslo ya. Y luego, en esta mi primera participación en una reunión internacional, quise, sobre todo, darles la impresión de una cierta dosis de buena voluntad y también de una cierta inexperiencia.

WANG. — Hiciste muy bien, pero dime, de todas estas propuestas, ¿con cuál se quedaron?

CHIANG. — Ah, con casi todas, o al menos con las más importantes para nosotros. Para ellos, de lo que

se trataba era de solucionar durante los próximos cinco años los problemas que existen actualmente.

»Gromyko llevaba razón cuando se refirió a Yalta, pues, en realidad, venía a tratarse de lo mismo. Los ingleses, claro, no estaban presentes esta vez, pero, ¿qué hubieran podido pedir si se están hundiendo en la anarquía y la bancarrota? Para los alemanes y los franceses constituye, por el contrario, una buena revancha y, finalmente, en el plano de sus estrategias a corto plazo, volvieron una vez más a tener suerte. En realidad, éste fue un momento verdaderamente revolucionario, pues, a fin de cuentas, ¿qué es lo que se consiguió?

WANG. — Pues evitar que cambie la situación actual, reconocer las respectivas zonas de influencia política y económica, y de cerrar el camino a toda posibilidad de cambio. De hecho se trata de la renovación tácita de un pacto de no agresión en los próximos cinco años, durante los cuales se conceden un descanso mutuo necesario para recobrar sus fuerzas y poner a punto sus nuevas armas.

CHIANG. — Pero déjame que te cuente las líneas principales del acuerdo definitivo:

»—Extensión de la zona de influencia francesa por toda la cuenca del Mediterráneo mediante el estacionamiento de tropas en el nuevo Líbano cristiano

y una mejoría de las relaciones con los países del Maghreb y en especial con Argelia, la cual estaría dispuesta, dado su estado de bancarrota actual, al restablecimiento de unas relaciones más amistosas con sus antiguos dueños, y mediante la creación de una zona económica privilegiada, llamada el mini-mercado común, que englobaría a Portugal, España, Italia y Francia.

»—Repliegue táctico por parte soviética a cambio de la estabilización política de los Gobiernos de Europa Sudoriental y supresión a muy corto plazo de los Gobiernos derechistas de América del Sur.

»—Estabilización de los países no comunistas de Extremo Oriente como Thailandia y Birmania.

»—Fijación de límites de la influencia china en África ecuatorial y sobre los PC del sur de Europa.

»Por lo que a nosotros respecta, podríamos decir que se equivocaban de medio a medio, dado que nuestros objetivos eran esos mismos y que, para darles satisfacción, no tendríamos que hacer ningún esfuerzo.

WANG. — Ya comprendo, y, en contra de las apariencias, tampoco los Estados Unidos ni la URSS salen perdiendo, pues si efectivamente no pueden continuar su conquista imperialista, se ve claro que están convencidos de haber abortado con sus bajos manejos cualquier deseo expansionista por parte nuestra.

CHIANG. — Sí; además, en el momento de despedirnos se notaba en todos una especie de alivio, con excepción tal vez de Schlesinger quien, más enterado que los otros por los acuerdos que suscribimos antes de la conferencia, parecía esforzarse en vano por recoger todas las piezas de un rompecabezas del que no ha logrado todavía adivinar la composición general. Pero con excepción de él, nadie dispone del más mínimo elemento que le permita descubrir nuestros fines. Los acuerdos secretos que estableció Hua con él, tanto en el plano económico como militar, son, por supuesto, colosales. Pero creo que fuimos nosotros los que hicimos que los aceptara al insistir en el interés financiero tan fantástico que representa para los Estados Unidos.

»Además, los norteamericanos están convencidos de que, desde el punto de vista militar, no pueden aportarnos nada que sea fundamental. Se creen que nuestra tecnología nuclear está muy avanzada y que ya no hay nada que tengamos que aprender de ellos.

WANG. — El Presidente Mao Tsé Tung tuvo mucha vista el día que lanzó su gran campaña internacional de propaganda militar. ¿Te acuerdas de la incredulidad de Occidente cuando anunciamos la explosión de nuestra primera bomba? Y luego, poco a poco, se fueron haciendo a la idea hasta el punto

de que hoy sobrevaloran considerablemente nuestro potencial militar.

CHIANG. — Sí, y fue, precisamente, engañados por un lado por la importancia de los contratos relativos al desarrollo de nuestras industrias de guerra y de nuestra microinformática, y tranquilizados, por otro, por la tecnología que nos prestaban, por lo que aceptaron negociar con nosotros.

»Y luego saben también que nuestras intenciones a medio plazo no son pacíficas y que tenemos la intención de liquidar de una vez por todas a los revisionistas soviéticos. Están convencidos de que lo que realmente cuenta para nosotros es solventar este problema viejo de mil años, solucionar los problemas demográficos que plantea nuestra superpoblación y conseguir la hegemonía en el mundo comunista.

»La estrategia norteamericana está muy clara y, además, se ve confirmada por todas las informaciones que hemos podido obtener al respecto. Para ellos se trata de asistir como meros espectadores (de ahí que se hayan inclinado por el aislacionismo) a un conflicto chino-soviético que no tendría ninguna posibilidad de generalizarse si tenemos en cuenta las precauciones tomadas durante dicha conferencia y algunas otras que, puedes estar seguro, serán tomadas sin falta en los próximos meses.

»Lo que pretenden es avivar los rescoldos y luego, una vez se haya declarado el fuego y esté ya medio consumido, «sacar», como dirían ellos, «las castañas del fuego».

»Están seguros de ganar porque, al haber equilibrado, armándonos, las fuerzas en presencia, lo que tendrán ante sí serán dos países debilitados por la guerra y que reclamarán el arbitraje de la única potencia capaz de intervenir eficazmente.

»De hecho, se trata de hacer con nosotros una nueva edición de lo que tan buenos resultados les dio en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, cuando, interviniendo en el último momento, después de mucho dudar sobre quiénes serían sus aliados, hicieron desplegarse a sus tropas de ocupación a través de la menguada Europa. Luego se aprovecharon con toda naturalidad de la debilidad y de la situación de dependencia total en que se encontraba Europa con respecto a ellos, para instalarse en el puesto de mando del sistema económico y seguir recogiendo hasta hoy, como auténticos parásitos, los frutos de una inversión modesta al fin y al cabo, en comparación con los beneficios obtenidos.

WANG. — Sí, soy de la misma opinión; están impacientes por ver cómo nos desgastamos mutuamente para poder aprovecharse luego; pero también deben pensar que nunca nos lanzaríamos a una acción semejante si no estuviéramos seguros de poder barrer fácilmente a la URSS y, en resumidas cuentas, que también nosotros tenemos nuestra red de alianzas.

CHIANG. — En realidad, y al igual que los soviéticos, son muchas las cosas que ignoran y, en particular, que en esta lucha final nosotros tenemos un aliado involuntario.

»Ya sabes cuál es la posición de Alemania en este momento; creo te imaginarás fácilmente el poderío que representará una vez reunificada.

»Si unos y otros, norteamericanos y soviéticos, la ayudan a reunificarse es porque cada uno de ellos está seguro de tener en ella a un aliado de excepción. Por otra parte, cabe señalar la habilidad de que ha dado pruebas el Gobierno alemán al elegir a su representante. En efecto, desde el punto de vista oficial, nadie podía ofrecer más garantías que Willy Brandt a unos y otros.

»Lo que nosotros sabemos y ellos desconocen es que también Alemania se ha dedicado a jugar por cuenta propia y que espera sacar de todo ello el máximo provecho.

»Ya recordarás la visita que a este respecto hizo al camarada Mao, en enero de 1975, Franz Joseph Strauss, campeón del antisovietismo en Alemania Federal.

»También ésta nos ve en guerra contra la URSS y puedes tener la seguridad de que hará cuanto pueda para que eso ocurra lo antes posible.

»Dado que ella conoce nuestro actual retraso militar, querría que dicha guerra comenzara inmediatamente. Su apuesta es a favor de la victoria soviética, pero de una victoria tal que la URSS, debilitada y sin aliento tras este primer conflicto, no pudiera hacer frente a un nuevo ataque que, esta vez, vendría del Oeste; al quedar cortada de su parte occidental, la más rica en equipos industriales y en materias primas, Rusia se vería obligada a capitular.

»Pero lo que supera a todo lo imaginable es que dicho país está ya en contacto, y nosotros tenemos pruebas muy seguras, con el representante de la oposición derechista japonesa.

»Japón, que se ve tentado otra vez por sus viejos demonios imperialistas, se aliaría entonces con Berlín, con lo cual la Historia volvería a repetirse al ser creado un nuevo eje Berlín-Tokio, y se apoderaría de Manchuria y del Asia Sudoriental, abandonadas por una URSS preocupada por su propia defensa y mal defendidas por un diezmado Ejército chino.

WANG. — Pero a su *Drang Nach Osten*, responderemos con un *Drang Nach Western*, ya que pronto verán que, contrariamente a lo que piensan, no nos encontramos aislados.

»En ese momento, en efecto, la parte sudoccidental de Europa dirigida por Francia, habrá cambiado de rumbo político, es decir, estará dirigida por partidos comunistas completamente adictos a nuestra causa, o bien conservará los regímenes actuales fieles al pensamiento del general De Gaulle, que más parece una delicada impresión, casi mágica, según el

cual más vale tener a los chinos a favor que en contra porque son más numerosos y más astutos que nadie.

»La Europa Occidental mantendrá, pues, frente a Alemania una fuerza que le impedirá intervenir lejos dentro de la URSS so pena de llegar a verse cortada de sus bases, y si llega el caso, dada su situación geográfica que atenaza por el Sur y por el Oeste a la Rusia de los zares, podrá, siempre en forma, intervenir directamente en el conflicto, apoderándose de las costas del mar Negro, fuente principal de abastecimiento de energía de los soviéticos.

CHIANG. — Tienes razón, culminará así la última etapa de la estrategia que definimos con los camaradas Chan Chung-Chiao y Yao Wen-Yuan, y a la cual ha sido posible asociar hasta hoy a Hua Kuo Feng. Una vez se haya superado este estadio, recordarás que teniendo en cuenta las acciones llevadas ya a cabo entre la población, la situación se habrá decantado a nuestro favor tanto en África como en América del Sur.

WANG. — Sí, pero yo sigo sin estar de acuerdo con vosotros tres sobre el destino final que debemos reservar a Estados Unidos.

CHIANG. — Escucha, no vayas siempre a contracorriente, acomódate por una vez a la justa línea de pensamiento que deseó el camarada Mao y que nosotros no hemos hecho sino desarrollar gracias al amplio sostén de las masas populares. De poco nos serviría, después de haber conquistado y arrastrado en pos nuestro —en la gran revolución proletaria— a todos los países y a todos los pueblos que sufren por la posición o la estrategia internacional del único verdadero tigre imperialista, Estados Unidos, querer precisamente reducir a este infeliz tigre, totalmente aislado al fin, en el momento en que tendrá, si le permitimos sobrevivir enjaulado, un inmenso valor de enseñanza para las masas proletarias del mundo entero, las cuales podrán comprender así el mal que nosotros habremos extirpado, que es también el que todos deberemos constantemente evitar.

WANG. — De acuerdo, pero seamos realistas, ya que si es normal después de la conferencia creer que tenemos en el plano internacional las manos libres gracias a nuestra hábil estrategia, en el plano interior, las cosas no suceden ni mucho menos como tú podrías creer. Por eso manifestaba hace un rato algunas reservas sobre la actitud de Hua Kuo Feng. En efecto, durante tu ausencia, Chiang, pudimos observar, yo también, que la situación no evolucionaba del todo como estaba previsto.

»Inmediatamente después de haberte ido, Hua se puso en estrecho contacto con los antiguos traidores de la camarilla de Teng Hsiao Ping. Ya conoces el oportunismo de estos reaccionarios, y mucho me temo que, sintiéndose tentado por las proposiciones que no habrán dejado de hacerle y privado de tu presencia, recuerdo incesante del reconocimiento eterno que debe a nuestro gran presidente, haya sucumbido, escudándose en la efigie embalsamada del camarada Mao, a los tentadores hechizos del poder absoluto.

CHIANG. — Pero si él cuenta con el apoyo del Ejército y de la Policía, nosotros podemos oponerle el de las milicias populares, nuestros valientes estudiantes y el entusiasmo de todo un pueblo unido bajo el estandarte revolucionario de la lucha contra los múltiples rostros de la contrarrevolución.

WANG. — Ya lo sé, Chiang, ¿pero tenemos que esperar hasta que el renegado, el tigre de maneras suaves, se transforme en un dictador sanguinario, sediento de sangre proletaria? ¿Le permitiremos que reine él solo sobre un pueblo chino salido hace tan poco de la esclavitud que aún podría aspirar a volver a ella de nuevo? ¿Dejaremos las puertas del Imperio del Centro abiertas a las influencias del mundo exterior, teoría que ese perro preconiza en nombre del

desarrollo tecnológico y económico? ¿Permitiremos que un contrarrevolucionario notorio, un arribista de salón, se apodere del timón sagrado para lanzarnos contra los escollos de la contrarrevolución y del revisionismo?

»Aprovechemos la puesta al día de las obras completas de nuestro querido camarada Mao para redactar un testamento que sea digno de su memoria y pueda servir nuestra justa causa.

» ¡Abajo el nuevo Tsin Shi Huang!

CHIANG. — Sí, vamos a luchar, Wang, pero esta lucha será desigual, ya que nuestro mismo presidente Mao no pudo, en su lucha incesante contra los traidores, extirpar definitivamente de estos últimos los gérmenes nocivos que les corrompían y que ya ni siquiera podemos contar con él para alumbrar el largo camino y que nos sirva como de costumbre de último recurso.

TERCERA PARTE

MAO VISTO POR...

Ni Dios, ni César, ni tribuno,
Salvador supremo no hay.
Productores, salvémonos nosotros mismos.
Decretemos la salvación común.

...La Internacional

MAO VISTO POR...

— *El francés de la calle:*

«Posiblemente ha hecho cosas buenas, pero tiene también un aire un tanto peligroso; no querría que estuviera aquí.»

«Es uno de los grandes personajes del siglo XX; me alegra que haya publicado por fin sus Memorias como hizo De Gaulle.»

«Mire, yo no estoy al corriente de esas cosas.»

«Se trata de un país en el que ocurren muchas cosas en la sombra y no me extrañaría que le hayan forzado un poco para que escribiera su testamento.»

«Era un tipo genial, ya sabe, hasta los mismos Estados Unidos y la URSS lo temían.»

«Creía que hacía mucho tiempo que había muerto. No me extrañaría que se tratara de otra martingala.»

«Era alguien que me hubiera gustado mucho conocer, encuentro que era un gran hombre.»

«Ahora que la ha diñado, puede que ya no den tanta lata con él.»

«Si Mao Tsé Tung escribió su testamento, sin duda que tenía buenas razones para hacerlo, ahora queda por resolver el problema de los herederos y de su sucesor.»

«Que yo sepa, hasta ahora ha habido muy pocas informaciones válidas sobre esta cuestión; espero que ese testamento aporte la deseada claridad sobre la revolución china y sobre las ambiciones mundiales de la China de nuestros días, la cual se ha convertido en una gran potencia.»

«Mire, a mí la política no me preocupa.»

«Lo importante es que dio de comer a 800 millones de chinos, y eso no hay quien se lo niegue.»

— *Los políticos franceses:*

François Mitterand:

«...Mao no necesita, para seguir siendo el dueño, ocupar un puesto clave en el aparato del partido, ni controlar, en el seno del Gobierno, el Ejército y la Policía, ni provocar el entusiasmo popular con efectos de actitud y de elocuencia... Él viaja, se informa, medita, recibe visitas, y, de vez en cuando, en circunstancias rituales o que requieren un anuncio solemne, interviene...»

L'Express, 6 de abril de 1961

Alain Peyrefitte:

«Mao se presenta como un hombre completo. Fundó una nueva religión y, al mismo tiempo, tuvo

la habilidad de hacerse pasar por un mero continuador de Marx y de Lenin, a los que los revisionistas de Moscú habrían traicionado.»

«Mao ofreció a los chinos una imagen idealizada de ellos mismos, que les ha hecho renunciar a su propio yo: ¿por qué no habría saboreado él mismo esta coincidencia entre su yo individual y el ideal del yo colectivo?»

ALAIN PEYREFITTE
Cuando China despierte, el mundo temblará
(Edición española publicada por «Plaza & Janés».)

Edgar Faure:

«A Mao le gusta visitar las colectividades inesperadamente. Un día se le ve aparecer de improviso en un cuartel. Cuando atravesó a nado el Yang-tsé, antes se reunió a un grupo de jóvenes obreros aficionados al deporte, se les anunció que iba a venir una importante personalidad a practicar con ellos, y sólo en el último momento supieron que su compañero no era otro que Mao en persona.»

citado por ALAIN BOUC
Mao Tsé Tung ou la Révolution approfondie
«Le Seuil», 1975, pág. 256.

André Malraux:

«Hace un gesto de cansancio y, cogiéndose del brazo del sillón con las dos manos, se levanta. Es el más erguido de todos; monolítico... Anda paso a paso, tieso como si no doblara las piernas, más em-

perador de bronce que nunca... Ningún otro hombre habrá sacudido tan poderosamente la Historia después de Lenin... Quiso rehacer China y la rehízo; pero quiere también la revolución ininterrumpida, con la misma firmeza, y para ello necesita que también lo quiera la juventud...»

Ibídem, pág. 255.

— *Mao visto por los camaradas soviéticos:*

Stalin:

«Mao es el marxismo con margarina.»

Kruschev:

«Si se cierran los ojos, si se escucha lo que los chinos dicen de Mao y si se sustituye "camarada Mao" por "camarada Stalin" se tiene una idea de lo que ocurría en nuestra época... Los hombres como Stalin y Mao se parecen, por lo menos, desde un punto de vista: para continuar en el poder consideran indispensable que su autoridad aparezca situada en el cielo, no sólo para que el pueblo los obedezca, sino también para que los tema... Mao es un verdadero búho: trabaja toda la noche... La política es un juego y Mao Tsé Tung lo ha jugado con la astucia de los asiáticos, sirviéndose a su manera del halago, la traición, la venganza despiadada y el embuste...»

— *Los norteamericanos:*

Lo quieren mucho.

—Edgard Snow, un observador privilegiado:

«En los tres mil años de la historia escrita de China, la obra de Mao, en su conjunto, es tal vez única en su género... Ha traído un sistema de pensamiento moldeado según las aspiraciones y las verdaderas necesidades de los chinos. Ha aportado una formación científica y técnica a millones de individuos y ha proporcionado a las masas conocimientos elementales. Ha puesto los cimientos de una economía moderna, que le ha permitido convertirse en una potencia nuclear capaz de hacer estremecer al mundo. Ha devuelto a China el sentido de su dignidad y ha restaurado en el mundo el respeto y el temor por este país...»

Ibídem, pág. 254-255.

— MAO *visto por el agricultor chino:*

«¡Viva el presidente Mao!»

— *Por sus antiguos camaradas, cuando lo querían:*

Liu Shao Chi:

«Es el jefe de las masas, pero se funda para todo en la voluntad del pueblo. Delante del pueblo se presenta como su más fiel servidor y el más humilde alumno.

»...No es sólo el revolucionario y el hombre de estado más importante de la historia china, sino también el mejor teórico y el más grande de los sabios.»

Lin Piao:

«La vida que ha tenido el presidente Mao supera en mucho todo lo que hicieron Marx, Engels y Lenin.

»El presidente Mao es un genio... También nosotros leemos libros, pero o no entendemos nada o entendemos sólo una parte. El presidente Mao lee

libros y los entiende...

»El pensamiento de Mao Tsé Tung puede hacer cambiar la expresión ideológica de un hombre, transformar la faz de la patria y hacer que el pueblo chino se levante para siempre delante del mundo entero. Si se utiliza el pensamiento de Mao Tsé Tung para unir al Ejército y al partido, todos los problemas hallarán solución. Cada frase del presidente es una verdad; una frase suya vale más que diez mil nuestras.»

— *Por sus antiguos camaradas cuando ya no lo querían:*

Liu Shao Chi:

«Mao es poco lógico al tratar de un problema, da muestras de cabezonería, no se preocupa de elegir los medios y carece de cultura personal.»

Lin Piao:

«Abusa de la confianza y de la posición que el pueblo le ha concedido, va a contrapelo de la Historia, se ha convertido en el Tsinshi Huang (1) de los tiempos modernos... No es un verdadero marxista, sino un discípulo de Confucio y de Mencio. Bajo las apariencias del marxismo, aplica, al modo y manera de Tsinshi Huang, la mayor tiranía feudal de la historia de China...

»...Sale poco, se ocultan sus actividades y el sistema de seguridad es imponente...

»¡Abajo el Tsinshi Huang de los tiempos modernos!»

(1) Fundador de la dinastía Tsin, en el siglo III a. de J.C. (*N. del A.*)

— *MAO visto por los chinos que no lo quieren:*

Chiang Kai Shek:

«Mao Tsé Tung, ese vástago de Marx, Engels, Lenin y Stalin, actúa de manera despótica y tiránica, volviendo sistemáticamente la espalda a la benevolencia y al sentido de las conveniencias de la filosofía de Confucio... Por mucho que haga quemar los libros del continente y por mucho que engatuse a 700 millones de personas con su "librito rojo" de citas, ¿cómo podría hacer quemar todos los libros del mundo...? ¿Cómo podría impedir el sucesivo ascenso de sus mejores camaradas de otros tiempos como Liu Shao Chi, Lin y Chen Pota?»

Wang Ming:

«Este imprudente conspirador, de una bestialidad única, tiene rostro de tigre y alma de serpiente... En realidad, se pone de parte de los racistas blancos. La prueba es que denigró a Martin Luther King, líder del movimiento por los derechos civiles de los negros y al que querían todos los negros de Norteamérica..., aclama la agresión de Estados Unidos al Vietnam y querría que se continúe durante el mayor tiempo posible y que se extienda al máximo... ¿Por qué esa impaciencia de Mao Tsé Tung por provocar una guerra norteamericano-soviética y mundial? Porque, para él, sería la manera de llevar a cabo sus objetivos, extremadamente individualistas y ambiciosos.»

— *MAO visto por los chinos que lo quieren:*

Han Suyin:

«Mao tiene una paciencia sin límites, pero tam-

bién sabe ridiculizar despiadadamente a los "dirigentes" del partido que, por su arrogancia y sus slogans, aterrorizan a la generalidad de los dedicados mandos del partido, los "pequeños". Puede montar en cólera y jurar, pero también explicar con toda paciencia, indefinidamente, las mismas cosas. No admitirá nunca las desviaciones ideológicas y, sin embargo, trabajará durante años con sus enemigos y terminará por convencerlos.»

«Mao nunca habla mucho rato sin gastar una broma o decir una gracia y parece mantener su autoridad ganando en todas las discusiones. Sabe mostrarse instruido, dialéctico perfecto desde el principio. Su técnica es interesante. Raramente ataca a sus adversarios de frente, les asesta un golpe por aquí, otro por allá, los acosa por todos los lados, derriba una a una sus posiciones de defensa y al final, completamente rodeados, tras una última palabra ingeniosa o un último argumento lógico, sus oponentes se desploman.»

Le Déluge de Matin — «Stock», 1972. Páginas 411-412.

— *Los guardias rojos:*

«A quien se oponga al presidente Mao, le rompemos la cabeza.»

— *MAO visto por él mismo:*

«Siempre he querido ser un maestro.»

— *China y el mundo del mañana vistos por el francés de la calle:*

—Mire, creo que los norteamericanos y los rusos nunca llegarán a ponerse de acuerdo; tampoco los chinos ni los rusos, de manera que no veo qué es lo que podría cambiar. A mí quien me inquietaría en todo caso sería Alemania.

—Mientras no dejen de fabricar bombas seguirá oliéndome a chamusquina.

—Mire, un día u otro, los chinos acabarán por hacernos la guerra.

—China seguro que acabará destruyendo la coexistencia pacífica que han tratado de establecer la URSS y los Estados Unidos.

—Estoy muy de acuerdo con lo que dice Alain Peyrefitte: *Cuando China despierte, el mundo temblará.*

—Cuando todos los países del mundo, o al menos casi todos ellos, sean socialistas, no tendrán más remedio que tratar de entenderse entre sí y la querella chino-soviética se convertirá, a mi juicio, en un falso problema.

APÉNDICE

Mao Tsé Tung

El Gran Timonel

Chu En Lai

El felino discreto

Wang Hong Wen

Cuarenta años. Antiguo voluntario de Corea, obrero en una fábrica de Shanghai, Wang Hong Wen aparece en el escenario político al principio de la revolución cultural de la que es uno de los instigadores.

Muy unido a Chiang Ching, Yao Wen Yuan y Chang Chung Chiao, hacia 1972 pasó a ser director de la Federación de los Sindicatos de Shanghai.

Nombrado en 1973 vicepresidente del Comité Central detrás de Mao y Chu En Lai, puesto que seguía ocupando oficialmente el 7-10-76, representa las corrientes más intransigentes de la izquierda china.

Chiang Ching

Nacida en 1914. Chiang Ching se inició en la carrera de actriz, obteniendo un cierto renombre. Conoció a Mao y se casó con él hacia 1940, luego dirigiría las actividades cinematográficas de la naciente revolución. Su papel dejó de ser cultural para convertirse en político en el momento de la revolución cultural, período durante el cual trabó conocimiento con el grupo de Shanghai (Wang Hong Wen, Yao Wen Yuan y Chang Chung Chiao).

Pasionaria de la revolución china, esto le creó numerosos enemigos en la junta política del comité central, de la que oficialmente seguía formando parte el 7-10-76.

Chang Chung Chiao y *Yao Wen Yuan*

De formación periodística ambos, éstos son los intelectuales del ala izquierda del P. C. chino. Pertenecen a la junta política de la que oficialmente continúan formando parte el 7-10-76.

Hua Kuo Feng

Natural de Hu-Nan, Hua Kuo Feng tiene hoy 56 años. Desde 1970 ejerce cargos de responsabilidad política y administrativa en la región de la que Mao y él mismo son naturales. Gran ausente de la revolución cultural durante la cual parece que Mao lo dejó de reserva, su primera gran aparición en público en el primer plano de la escena tuvo lugar en 1973, al ser elegido miembro de la junta política del X Congreso.

En 1975 se convirtió en viceprimer ministro y, luego, en ministro de Seguridad Pública.

Un mes después de la muerte de Chu En Lai, en febrero de 1976, fue designado jefe interino del Gobierno.

Después de los acontecimientos de la plaza Tien An Men, a primeros de abril, y de la destitución de Teng Hsiao Ping, fue nombrado Primer Ministro.

Poco tiempo después de la muerte de Mao Tsé Tung, acaecida el 9 de setiembre de 1976, Hua Kuo Feng consiguió hacerse nombrar Presidente del Comité Central del Partido Comunista chino y Presidente de la Comisión del Comité Central encargado de los asuntos militares. Desde entonces, caso único en la historia de la revolución china, acumula en su persona todos los poderes, tanto en el Gobierno como dentro del PCC.

Lin Piao

Compañero de ruta de Mao Tsé Tung desde los comienzos de la revolución china, Lin Piao se reveló como el gran estratega militar, verdadero artífice de la victoria de los comunistas en 1949.

Prologuista y gran difusor de la obra del genial presidente Mao Tsé Tung, será el instrumento de éste durante la revolución cultural.

Se le confirma en 1969 como único sucesor de Mao en el mismo momento en que empiezan a manifestarse graves disensiones entre los dos hombres.

Luego, bruscamente, en 1971, se le da por desaparecido, y en julio de 1972, los dirigentes de entonces tratan de divulgar una versión de su muerte que los observadores extranjeros consideran objetivamente rocambolesca.

Un líder para China

MAO, SU OBRA Y SU ENTORNO

Mao Tsé Tung, el de los «cuatro grandes epítetos» —Gran Maestro, Gran Líder, Gran Jefe Supremo y Gran Timonel—, nació, el 26 de diciembre de 1893, en Shaoshan, pueblo perteneciente al Condado de Hsiang-tan, en la provincia de Hunan, y murió en Pekín el 9 de setiembre de 1976.

Son proverbiales la energía y la inquietud de los hunaneses, energía e inquietud que, comunicadas a los letrados, a los militares y a los políticos nacionales, moldearon una tradición que influiría sensiblemente en Mao.

En todas las biografías de Mao se ha especulado mucho acerca de las relaciones entre el líder chino y su adusto y severo padre, Mao Jen-shen. Lo cierto es que el propio Mao aludió a ello, y más de una vez habló de «amargo conflicto» *y* de que sentía más

afecto por su madre, Wen Chi-mei, piadosa budista y pobre analfabeta. Pero no cabe la menor duda de que Mao aprendió mucho de su padre, entre otras cosas, el valor del trabajo duro y productivo. Sí, productivo, porque Mao fue silencioso testigo de la laboriosidad y astucia de su padre, que le permitieron realizarse bien dentro de sus posibilidades y mejorar de una manera sensible las condiciones económicas de los suyos. En cierta ocasión, al borde de la miseria, el padre de Mao no vio más solución que la de sentar plaza en el Ejército, al objeto de ganar el dinero suficiente para recuperar las tierras que había perdido. Y lo consiguió, pues vemos que Mao, al llegar a la adolescencia, podía ya decir que su padre se había convertido en un campesino acomodado, que desarrollaba su principal actividad como comerciante en granos.

Posteriormente, al hablar y escribir sobre su familia, Mao diría, con evidente buen humor, que en ella había dos «partidos políticos», uno de los cuales, su madre, formaba la «oposición» frente al padre y abogaba por el ataque indirecto. Pero Mao, pese a las preferencias que sentía por su madre, era partidario de los ataques directos, recurriendo para ello a frases tomadas de Confucio.

Para aquella época, los Mao vivían con bastante comodidad. La casa —convertida actualmente en museo nacional— se halla aislada en un lugar bastante selvático, excelente sitio para que creciera en él un muchacho, sobre todo como Mao, dotado de gran sentido de la belleza y de la poesía y poderosa imaginación.

No tenía aún trece años cuando su padre lo obligó a dejar la escuela para que lo ayudara en las labores de la granja. Decía que era mejor que contratar a un jornalero. Mao soportó aquella situación durante algún tiempo, pues se había empezado a despertar en él el interés por un mundo más amplio. El libro *Palabras de aviso a una sociedad opulenta* denunciaba los abusos que los extranjeros cometían en Shanghai, y la lectura del mismo impulsó a Mao a proseguir sus estudios.

Mao no olvidó nunca el mundo exterior ni los problemas sociales, los cuales iban dejando huella en él a medida que adquiría conciencia de los mismos.

En la nueva escuela a la que empezó a asistir, revelóse de nuevo el insaciable apetito de Mao por aprender. Leía y releía las obras de los más famosos intelectuales radicales de la época como Kang Yu-wei y Liang Chin-chao. Y su imaginación se enardecía al leer aquellas páginas.

A Mao le bastó un año en la Escuela Primaria Superior de Tungshan. Posteriormente pasaría seis meses en el Ejército, tiempo durante el cual leyó mucho, en especial —y por primera vez— sobre el socialismo, lo cual excitó grandemente su interés. Al cumplir el servicio militar, quedó indeciso durante algún tiempo, respecto a los estudios que había de seguir. Cursó un restringido plan de estudios en la Primera Escuela Provincial de Enseñanza Media de Changsha, para continuar luego estudiando libre, pues lo consideró mejor. Tal situación acabó cuando sus padres se negaron a seguir manteniéndolo, a

menos que se decidiera a ingresar en una escuela regular. Ello lo obligó a tomar una determinación y a elegir, por fin, carrera. Decididamente, sería maestro. Así, en 1913 ingresó en la Escuela Normal de Hunan, donde permaneció hasta 1918, tiempo que sería muy importante para la vida de Mao.

Nuestro hombre fue un estudiante excepcional. Pasaba horas y horas devorando libros, aunque sin descuidar su labor como activista. Entretanto, la situación política de China se iba deteriorando a ojos vistas. En 1915, Yuan trató de resucitar la monarquía y se nombró a sí mismo primer emperador de una nueva dinastía, encabezada por él. Pero la nación se sublevó.

Mao tenía clara conciencia de lo que aquello representaba: una tragedia nacional. Mas por aquel tiempo, él no podía hacer aún nada, pues su influencia era bien escasa, dada la magnitud de las fuerzas implicadas. Pero no era hombre que se desanimara fácilmente, por lo cual siguió probando y tratando de que se desarrollaran las organizaciones activistas. Reconoció que para ello era esencial conocer mejor a la población en general, a la clase trabajadora, y no sólo a las clases instruidas de la sociedad. Ello lo impulsó a abrir una escuela nocturna para obreros. Acudieron sólo algunos trabajadores, llenos de curiosidad. Mao daba clases de Historia, explicaba temas de actualidad y, sobre todo, estimulaba la discusión activa sobre tales temas.

En 1918, Mao cooperó con la sucursal que tenía en Hunan la Sociedad para el trabajo y Estudio en Francia. Poco después de obtener el título de maestro en la Escuela Normal de Hunan (abril de 1918), Mao acompañó de Hunan a Pekín a un grupo de treinta estudiantes. En Pekín aprenderían el francés, como condición previa para el posterior viaje a Francia.

Acabó sus estudios en la Escuela Media, sin poder fijar ningún plan para un futuro inmediato. A principios de año había muerto su madre, y ello era motivo más que suficiente para que permaneciera en el hogar. Pero Mao no estaba hecho para una vida estática, sino dinámica. En este viaje inicial fuera de Hunan, Mao hizo a pie buena parte del camino hasta Pekín. Ello le sirvió de excusa para observar más de cerca las condiciones socioeconómicas del pueblo. Realizó investigaciones entre los trabajadores del ferrocarril Pekín-Hankow y entre los pobres de algunas barriadas.

En Pekín ocupó parte de una habitación pequeña, que compartía con otras siete personas. Mao se pasaba buena parte del día en la biblioteca, devorando libros. En la capital de China logró establecer contactos con personas muy interesantes para él, como, por ejemplo, Chen Kung Po, que posteriormente se haría comunista y que por entonces era partidario de Chiang Kai Shek; Tan Ping Shan, también comunista más adelante, y Chang Kuo Tao, que se enfrentaría a Mao como rival hacia la década de los 30, y Kang Pei Chen, que, andando el tiempo, sería nada menos que miembro del Ku Klux Klan de California. Mao conoció también por entonces al intelectual Chen Tu Hsiu, occidentalista radical y editor de la importante revista *Nueva juventud*, en la que

ya había colaborado Mao. Desengañado del liberalismo occidental, Chen sería el fundador y primer presidente del Partido Comunista de China.

Tras su estancia en Pekín, que duró seis meses, Mao se trasladó a Shanghai en 1919, para ver cómo sus amigos embarcaban rumbo a Francia. Hizo un alto en el camino para visitar la tumba de Confucio, el pensador más estimado de China.

Al volver a Hunan, Mao estaba ya maduro para la acción y empezaba a forjar planes, aunque todavía no bien definidos. Era un hombre dispuesto a irrumpir, más que a entrar, en el escenario de la Historia. El líder que esperaba China.

La primera revolución cultural moderna de China fue el llamado Movimiento Cuatro de Mayo, que se inició en 1915. Mao viose implicado, en Changsha, en la excitación de aquellos momentos. Aunque por aquel tiempo no era aún marxista, pronunció una conferencia sobre *El marxismo y la revolución*, con la que trató de estimular al estudio de la nueva filosofía política.

En noviembre de 1919, Mao decidió reorganizar la Asociación de Estudiantes Unidos, la cual convocó una huelga en diciembre del mismo año. Luego marchó nuevamente a Pekín, donde permaneció poco tiempo, si bien constituyó un hito importante en su carrera. Sostuvo amplias entrevistas con Li Ta Chao, el cual lo trataba con un respeto casi reverencial,

como si presintiera ya en él al Jefe. Li admiraba los escritos y, sobre todo, las proezas realizadas por Mao durante los últimos meses en Changsha. Posteriormente, de nuevo en Shanghai, Mao pudo vivir gracias a su trabajo en una lavandería.

En Shanghai encontróse de nuevo con Chen Tu Hsiu, el cual había estado seis meses en la cárcel por haber prestado su apoyo a las manifestaciones del Cuatro de Mayo. Ello había impulsado a Chen por el camino del marxismo. Conversaron largamente, y el resultado de tales conversaciones ayudó a consolidar la decisión que ya había tomado Mao en lo más íntimo de su ser. Más adelante, Mao regresaría entre sus recuerdos: «Los razonamientos y la convicción de Chen me impresionaron de una manera profunda en un período de mi vida que no vacilo en considerar como francamente críticos.» Las conversaciones de Mao y Chen giraron especialmente en torno a la autonomía provincial de Hunan, respecto a la cual ambos opinaban que se había de conseguir lo antes posible. Luego hizo una visita a Hu Shih, al objeto de recabar su apoyo para la lucha en Hunan.

Cuando Mao regresó a Changsha —durante el verano de 1920—, encontróse con una situación política cambiante. En efecto, el general Tan Yen Kai había desplazado de su cargo a Chang Ching Yao, pero, a su vez, no tardó en ser desplazado por otro belicoso elemento: Chao Heng Ti. Lo cierto es que Mao, mejor dicho, su circunstancia personal, mejoró notablemente, ya que fue nombrado director de la Escuela Primaria aneja a la Escuela Normal.

Y aprovechó cumplidamente su nuevo puesto para intensificar su labor política clandestina. Al objeto de hacer asequible a todos la literatura radical, en julio fundó la Sociedad Cultural del Libro.

La Sociedad de Estudio de la Nueva Gente intentó celebrar con una manifestación el tercer aniversario de la Revolución rusa de octubre, pero no fue autorizada para llevarla a cabo. Se entablaron violentas discusiones con la Policía, la cual no permitía izar la bandera roja. Por más que los congregados trataron de hacer comprender a la Policía que la Constitución les permitía el derecho a reunirse, hablar y organizar, la Policía replicaba una y otra vez que no estaba allí para que les enseñaran la Constitución, sino para cumplir las órdenes que habían recibido. Y tales órdenes eran bien claras: impedir la manifestación. A partir de entonces, Mao estuvo cada vez más convencido de que sólo el poder político de las masas, bien ejercitadas y políticamente mentalizadas, podía garantizar, a la larga, la consecución de reformas dinámicas y efectivas.

Hasta Changsha habían llegado noticias de la formación de células del Partido Comunista en Pekín y en Shanghai. En vista de ello, Mao formó inmediatamente otra en Changsha (octubre de 1920). Asimismo, formó una rama de las Juventudes Socialistas, tras establecerse en Shanghai, durante el mes de agosto. Posteriormente se dedicó a la organización de los trabajadores, influido por la teoría marxista y la Historia de la Revolución rusa.

El 1.º de julio de 1921 se celebró en Shanghai el I Congreso del Partido Comunista Chino, al que

asistieron un total de 13 personas, representantes de 57 miembros marxistas. Los primeros cuatro días del Congreso, los miembros del Partido se reunieron en la Escuela Femenina Po-Ai, aprovechando que las alumnas estaban disfrutando las vacaciones de verano. Al quinto día viéronse obligados a trasladarse a otro lugar, ya que un desconocido que vivía en una habitación contigua despertó sospechas entre los reunidos. Y, en efecto, tenían razones para sospechar, ya que lograron escapar del local justamente antes de que llegara la Policía. Terminaron aquel accidentado I Congreso a bordo de un barco anclado en el Lago del Sur, a unos 130 kilómetros de Shanghai.

En ausencai de Li Ta Chao y Chen Tu Hsiu, la voz cantante de aquellas reuniones —y, por cierto, autoritaria— la llevó Mao. La política surgida de aquel I Congreso, exclusivista por completo, aconsejaba no colaborar con otras fuerzas políticas de China, lo cual se oponía a las convicciones e ideas expresadas ya por Mao en más de una ocasión. Entonces fue elegido Chen Tu Hsiu secretario general del Comité Central, el cual estableció en Shanghai su cuartel general.

Mao regresó a Hunan a finales de julio de 1921, con la esperanza de entregarse de lleno a organizar y enseñar. Durante este período, dedicóse casi exclusivamente a trabajar con los obreros. Fundó el primer sindicato comunista poco después de su llegada. En 1922, y en reconocimiento a sus grandes esfuerzos sociales, la Federación lo nombró presidente de su nueva rama en Hunan. Uno de los ma-

yores éxitos de Mao durante este tiempo fue el establecimiento de enlaces del partido entre los trabajadores de las minas de carbón de Anyuan. Ello obligó a Mao a permanecer durante algún tiempo entre los mineros y llevar su misma vida miserable.

Como es natural, su finalidad no era la de aprender nuevas técnicas de ingeniería, sino sentar las bases sobre las que apoyarse para mejorar la condición humana de aquellos hombres. Y brilló entonces un rayito de esperanza donde sólo se conocía la desesperación. De esta forma logró establecer la primera célula del Partido en Anyuan (enero de 1922). En unión de su hermano, Mao Tsé Min, formó una cooperativa de trabajadores. Como complemento del servicio a los mineros, fundó una escuela diurna con destino a los hijos de los obreros, así como un club de trabajadores, al que podían acudir los mineros a oír conferencias y leer literatura especialmente destinada a ellos, o sea, radical. Más adelante, Mao se dedicaría a labores similares en todas las localidades de Hunan. En enero de 1922 organizó una célula comunista en una escuela de Hengyang.

Entre sus empresas de aquel tiempo destaca la creación de la Escuela de Autoeducación de Changsha (agosto de 1922). En ella ingresarían sólo los estudiantes sin recursos que se opusieran a los reglamentos de las restantes escuelas. Allí, las clases eran informales, y los seminarios estimulaban las discusiones y debates. Mao quería con ello despertar la conciencia política y, a la vez, ejercitar a potenciales miembros del partido. No tardó en establecer una clase preparatoria para estudiantes más jóvenes,

de Enseñanza Media. En abril de 1923, cuando Mao abandonó Hunan, empezóse a publicar en dicha escuela una revista mensual de carácter marxista. Fue suprimida por el gobernador en noviembre de 1923, para reanudarse más tarde su publicación con otro nombre.

Curiosamente, el futuro líder chino no pudo asistir al II Congreso del Partido, celebrado en 1922, porque había olvidado la dirección en que había de tener lugar la reunión secreta y no pudo establecer contacto con nadie. En tal reunión se decidió proseguir la política exclusivista del partido, o sea, no cooperar con las restantes fuerzas políticas. Pero en 1923 empezaron a cambiar las opiniones a este respecto. La despiadada matanza de trabajadores del ferrocarril, ordenada por el gobernador del Norte, Wu Pei Fu, en la provincia de Honan (Chengchow, 4 de febrero), así como la represión llevada a cabo por Chao Heng contra los huelguistas de Anyuan, convencieron a muchos de que el reducido partido no podía permitirse el lujo de permanecer aislado. También hubo presiones fuera del partido, destinadas a adoptar una postura más solidaria y conciliatoria hacia las restantes minorías políticas. El Komintern de Moscú decidió, en julio de 1920, que colaboraría con los movimientos nacionalistas revolucionarios de Asia. En consecuencia, los representantes chinos fueron invitados al I Congreso de Trabajadores de Extremo Oriente, que se celebró, en Moscú y Petrogrado, en enero de 1922.

En el III Congreso del Partido, celebrado en Cantón en julio de 1923, Mao propuso formar un frente

unido con el Kuomintang, o sea, el partido de Sun Yat Sen, proposición que fue aceptada, quizá tanto porque veía la ineludible necesidad de tal alianza, como porque coincidía con la política seguida por el Komintern. Mao resultó elegido para el Comité Central del partido, que contaba ya con 342 miembros en toda China y que no tardó en convertirse en la central del Departamento de Organización del partido.

La alianza acordada consistió en permitir a los comunistas el ingreso como miembros del Kuomintang, forma de colaboración a la que se dio el nombre de «bloque interno».

En enero de 1925, Mao se puso enfermo a causa del excesivo trabajo, lo cual lo condujo a un agotamiento extremo, que lo obligó a regresar a su casa, en Shaoshan. Ya en plena recuperación, empezó a organizar asociaciones y células campesinas del partido. Mas por aquellos días ocurrió algo en Shanghai que conmovió a toda China. Fue el 15 de mayo de 1925. Un capataz de una fábrica de tejidos japonesa dio muerte a un trabajador chino. El 30 de mayo, o sea, dos semanas más tarde, un grupo de estudiantes se manifestó en la Colonia Internacional. La Policía británica abrió fuego y causó la muerte de doce jóvenes manifestantes. La reacción nacional fue instantánea. No transcurriría ni un mes cuando otro incidente parecido acabó de echar leña al fuego. El 23 de junio hubo otra manifestación, esta vez, de estudiantes, trabajadores y cadetes, y los soldados británicos dispararon contra ellos. El número de muertos fue más elevado que en la ocasión anterior:

cincuenta y seis.

El país entero fue un hervidero de huelgas, que paralizaron la producción y el transporte en no pocos lugares. Mao, que se encontraba en Hunan mientras se producían estos incidentes, comprobó el electrizante efecto que aquellos hechos causaban sobre los campesinos. En efecto, al cabo de pocos meses de los incidentes, se habían formado más de veinte sindicatos campesinos.

Con sus actividades, Mao había vuelto a llamar la atención de Chao Heng Ti, el cual dio la orden de que fuera detenido. Obligado a abandonar la provincia, se trasladó a Cantón. El trabajo propagandístico de Mao fue muy útil para promocionar el programa de Peng Pai, hombre que, desde 1922, se dedicaba a organizar asociaciones comunistas de campesinos en Hai-lu-feng, Kwang-tung Occidental. La gran influencia de los comunistas en Cantón quedó repentinamente paralizada a causa del golpe de Estado de Chiang Kai Shek (20 de marzo de 1926). Como consecuencia de ello, Mao fue destituido de su cargo en el Departamento de Propaganda.

Por aquel tiempo, Mao veía ya con toda claridad el importantísimo papel que podía desempeñar el campesinado en la Revolución china. Aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para trabajar en tal dirección. Y convirtióse en director del Instituto de Entrenamiento del Movimiento Campesino. Le pareció un trabajo de importancia, ya que los estudiantes podían ser contactos potenciales, si eran bien seleccionados en las distintas provincias.

En 1926, el Ejército Revolucionario nacional inició su marcha hacia el Norte, para luchar contra los generales y unir al país. Se desplegó en dos frentes: uno, hacia las ciudades del Yang-tsé, y el otro, hacia el principal centro comercial en la costa oriental: Shanghai. Durante la campaña, los comunistas chinos estuvieron divididos respecto al tema de los campesinos.

Como quiera que las asociaciones campesinas —según cálculos de Mao— incluían ya un total de 2 millones de miembros, lo cual suponía una masa de 10 millones, ya que los campesinos solían inscribir sólo un nombre para toda la familia, confiaba en la potencia de una amplia organización para llevar a cabo una revolución campesina sin parangón en la Historia. Para Mao, los campesinos eran las auténticas vanguardias de la Revolución, el elemento en que tenía más confianza para el solivantamiento social. Estaba seguro de que sin ellos era imposible pensar en la Revolución. Atacarlos a ellos significaba, en consecuencia, atacar a la Revolución, porque —siempre según Mao—, el instinto de los campesinos nunca se ha equivocado —y así lo demuestra la Historia en todos los países— respecto a la dirección general de la Revolución.

Reseñó los catorce «grandes logros» de las asociaciones de campesinos, todos los cuales rectificaban injusticias y aportaban sensibles beneficios a las comunidades.

Mao planteó entonces la cuestión con claridad. Se ofrecían tres alternativas: marchar a la cabeza de los revolucionarios y conducirlos; arrastrarse detrás de ellos, o enfrentarse con los mismos. Fuese cual fuese la alternativa elegida, se había de tomar una decisión rápida. Los acontecimientos obligarían a ello. Y los acontecimientos se sucedieron con rapidez, con mayor rapidez de la prevista por Mao. Chiang Kai Shek estaba de acuerdo con Mao en principio, pero se hallaba convencido de que aquellos impulsos revolucionarios no tardarían en desvanecerse. Ya en febrero de 1927, Chiang hizo pública su intención de expulsar a los comunistas. Y empezó a hacerlo en Kiangsi. Seguidamente, entabló negociaciones con los banqueros y con los capitalistas extranjeros, para recabar su ayuda. Y una vez asegurado esto, y sin previo aviso, lanzóse al ataque. El 12 de abril de 1927, su tropas, junto a las cuales iban asesinos a sueldo, se lanzaron contra los obreros. Fueron ejecutados miles de comunistas y sospechosos. Cumpliendo órdenes directas de Moscú, procedentes de Stalin, los obreros habían escondido sus armas. Quedó destruida la organización del Partido en Shanghai. Y Mao tuvo que esconderse.

Mientras tanto, el capitán de la guarnición de Changsha atacó la oficina central de las Asociaciones de Campesinos. Causó una verdadera carnicería. Los comunistas supervivientes a la hecatombe formaban un grupo completamente desmoralizado. Eran simplemente hombres desesperados. El día 7 de agosto de 1927, mientras se producía el éxodo de los rebeldes de Nanchang, Mao y los suyos celebraban una «conferencia de emergencia» en Kiukiang. Fue depuesto Chen Tu Hsiu y se constituyó un Politburó provisional, cuya dirección se encomendó a

Chu Chiu-pai y del que Mao fue nombrado miembro suplente. En la reunión se decidió llevar a cabo una serie de levantamientos de campesinos a lo largo del río Yang-tsé y sus afluentes, cuya finalidad era la de ocupar las principales ciudades de esta zona.

Mao pasó entonces al ataque con energía, y durante algún tiempo, a primeros de setiembre, consiguió algunas victorias. Pero no tardó en hacerse evidente que no tenía la experiencia militar adecuada y que carecía del apoyo de los trabajadores, los cuales empezaban a desconfiar respecto a los objetivos inmediatos. Y el resultado fue que el levantamiento fracasó. Y entonces hubo de dirigirse hacia las montañas que rodean Hunan y Kiangsi. El Politburó, reunido en Shanghai en noviembre, llegó a la conclusión de que no había constituido un fracaso la Revolución de 1927. Mao fue criticado por su aventura militar y destituido como miembro suplente del Politburó y de su cargo en el Comitě del Partido Provincial de Hunan. Un mes más tarde, la Revolución «que no había fracasado» sufrió una aplastante derrota al ser suprimida la Comuna de Cantón, la cual había sido preparada para brindar a Stalin una victoria en China y en vistas al XV Congreso del Partido Comunista Soviético.

Pero aunque la suerte del PCC no llegó muy lejos, Mao y los suyos seguían con la esperanza de poder empezar de nuevo. El contingente del futuro líder chino se reforzó con las tropas que llegaron a Chingkangshan, al mando de Chu Teh, la primavera de 1928. En noviembre de este mismo año, Mao había aprendido ya por propia experiencia lo que se

había de hacer para mantener un régimen independiente de «obreros y campesinos».

En diciembre de 1929, Mao escribió una resolución con destino al IX Congreso del Partido y referente al IV Ejército Rojo. En ella se resume la opinión de Mao sobre la experiencia del Ejército Rojo y sobre los errores cometidos por el mismo y cuya repetición se había de evitar en lo futuro.

El I Congreso del Soviet de China se celebró en noviembre de 1931. Estableció la República China, y Mao fue nombrado para los más altos cargos: presidente del Comité Ejecutivo Central y presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero no tardaron en lanzar ataques contra Mao, el cual era acusado de practicar una anticuada estrategia militar. Ello lo impulsó a liberarse de las responsabilidades militares en el seno del partido, para dedicarse a los problemas económicos y sociales.

Chiang Kai Shek inició su quinta campaña contra los comunistas en agosto de 1933. En abril de 1934, Mao vio con claridad que el plan militar de guerra defensiva y posicional era un verdadero desastre. En efecto, los comunistas fueron derrotados, y el trágico balance fue de 4.000 muertos y 20.000 heridos. El 14 de octubre del mismo año, unos 100.000 hombres y sólo 35 mujeres abandonaron su base, que habían establecido en Kiangsi, y empezaron a retirarse ordenadamente hacia el Oeste. Era el principio de la inmensa epopeya que ha pasado a la Historia con el nombre de la Larga Marcha, durante la cual quedó confirmado el liderazgo de Mao de una manera indiscutible. Al principio, la Larga

Marcha era sólo una ruta sin objetivo alguno, aparte el de la huida ante el enemigo, que iba hostigando y acosando a aquellos hombres. Una serie de batallas iba diezmando cada vez más a los hombres de Mao. Sólo en la batalla más sangrienta, la desarrollada junto al río Hsiang, el Ejército Rojo perdió prácticamente la mitad de sus efectivos humanos (unos 50.000 hombres). El Ejército Rojo seguía adelante y, pasando de la defensiva a la ofensiva, lanzóse contra Tsunyi y destruyó veinte regimientos enemigos que los perseguían. Fue la primera victoria importante de la Larga Marcha. Tal vez Chiang Kai Shek pensó entonces que Mao intentaría abrir brecha en el sur de Szechuan después de su victoria. Pero Mao no iba a cometer tamaña torpeza. Y, así, dirigióse hacia el Oeste, simulando marchar hacia Keiyang. Entonces, Chiang Kai Shek corrió hacia Keiyang, para protegerla, pero los comunistas giraron entonces hacia Yunnan, para hacer a continuación un simulacro parecido en Kunming. Todos estos movimientos permitieron a la mayoría del Ejército Rojo cruzar la parte superior del río Yang-tsé, cosa que Chiang consideraba imposible. Ello llevó a Mao y a sus hombres a la provincia de Szechuan, territorio hostil que era urgente cruzar para alcanzar y vadear el terrible río Tatu.

Aquello no era en modo alguno nuevo para los comunistas, que habían cruzado territorios similares y aprendido la forma de conseguir el apoyo de las distintas regiones por las que pasaban. El episodio más dramático y simbólico de la epopeya de la Larga Marcha tal vez fue el cruce del puente Luting. Pero aún quedaban por recorrer 3.200 kilómetros, antes de llegar a su punto de destino, en la provincia de Shensi, al Noroeste. Aún se oponían a los hombres de Mao barreras naturales verdaderamente formidables. Las fuerzas de Mao —que inicialmente sumaban unos 100.000 hombres— habían quedado ya reducidos a unos 30.000.

A partir de aquí, todo fue como una inmensa pesadilla. Apareció la malnutrición. Los que intentaban buscar alimentos en los campos, caían en emboscadas. No pocos soldados asaron y se comieron el cuero de sus botas...

El 20 de octubre de 1935, poco más de un año después de iniciarse la retirada del sur de China, los restos del Ejército Rojo, reducidos ahora a 6.000 hombres, llegaban a Paoan, en la provincia septentrional de Shensi. Había terminado la Larga Marcha, que duró exactamente 370 días y que, según expresión de Mao, fue «la primera en su tipo en los anales de la Historia»...

Resulta difícil sobrestimar la importancia de los años siguientes en lo tocante al desarrollo del Partido Comunista Chino. Mao no tardó en advertir la necesidad de que China se unificara contra la agresión japonesa. El llamamiento comunista para que se uniera la nación frente al Imperio del Sol Naciente, encontró una respuesta unánime en toda China.

El 1.º de febrero de 1942, ante un millar de miembros del Partido reunidos en el Yenan, Mao puso en marcha oficialmente la llamada campaña de rectificación, o *cheng feng*. La primera etapa de dicha campaña se inició en mayo de 1942, y para entonces, Mao convocó las célebres «charlas del Yenan sobre literatura y arte». Junto con esta campaña y la exhortación a los intelectuales para que se integraran en las masas, se llevaron a cabo otras campañas, que dieron su carácter distintivo al período posterior del Yenan.

El liderazgo de Mao en el Partido fue confirmado por unanimidad en 1945. El VII Congreso del Partido se celebró en el Yenan, y las sesiones duraron desde el 23 de abril al 11 de junio de 1945, y constituyó un éxito rotundo. Asistieron al mismo 544 delegados y 208 subdelegados, en representación de más de un millón de miembros del Partido. Mao pronunció el principal discurso de dicho Congreso; lo tituló *Sobre el Gobierno de coalición*. Señaló asimismo el programa específico del partido, que enunció en diez puntos principales.

La III Guerra Civil Revolucionaria —tal como la llamaron los comunistas— puede decirse que empezó en serio en junio-julio de 1946. Se desarrolló en tres etapas, todas las cuales llevan el sello inconfundible de la concepción militar de Mao. La etapa defensiva tuvo lugar entre julio de 1946 y junio de 1947. La segunda se inició en el verano de 1947, y fue de contraofensiva limitada. Luego llegó una tregua en la segunda etapa de la Guerra Civil, que aprovechó Mao para dar un gran impulso a la reforma

agraria y corregir algunos de sus excesos. La tercera y última etapa dio comienzo a finales del verano de 1948.

La aplastante victoria de Mao aconsejó a Chiang Kai Shek entablar negociaciones para la paz, y, así, a principios de 1949, dimitió como jefe del Gobierno de Nankín. El vicepresidente, Li Tsung Yen, envió una delegación a Pekín. Pero las conversaciones quedaron rotas el 20 de abril de 1949. El KMT rechazó las propuestas de los comunistas, que prácticamente equivalían a un ultimátum. Y reanudóse la guerra. Los comunistas, en un avance arrollador, fueron ocupando rápidamente, una tras otra, las principales ciudades del río Yang-tsé.

Mao consiguió una victoria tan convincente como impresionante, lo cual le permitió, una vez derrotado definitivamente Chiang Kai Shek, proclamar con toda solemnidad, el 1.º de octubre de 1949, en la plaza de Tian An Men, el establecimiento de la República Popular de China.

Durante el invierno de 1957-1958, Mao anduvo preocupado no sólo por las relaciones con la Unión Soviética, sino también por los problemas internos de China, que eran numerosos y de todo orden. China había ganado no poco con la ayuda soviética, cuando se identificaban ambos comunismos. Pero surgieron diferencias de opinión entre Mao y Kruschev, que obligaron a aquél a abandonar la tutela rusa y hacer cada vez mayor el abismo que ha llegado a separar a ambos pueblos, pese a sus afinidades ideológicas.

El llamado Gran Salto hacia Delante despertó

un indescriptible entusiasmo durante cierto tiempo. Entusiasmo y apoyo incondicional por parte del pueblo. Era el resultado de los planes explicados parcialmente en un informe (19 de febrero de 1958) titulado: *Sesenta puntos sobre los métodos de trabajo*, y en buena parte logró su propósito esencial. Desde luego, se cometieron errores, y algunos de ellos, muy graves. Quizá fue debido a que el Gran Salto hacia Delante pecó de excesiva ambición y llegó más allá de unos límites razonables.

En 1958 se empezaron a formar espontáneamente comunas en distintos lugares, y en el verano del mismo año, tanto Mao como altos dirigentes llevaron a cabo amplias investigaciones para estudiar el fenómeno *in situ*. A finales de agosto habían ya 8.730 comunas, que suponían el 98 % de la población de los campesinos de China. Pese a ello, y como ocurrió con el Gran Salto hacia Delante, se hizo demasiado en demasiado poco tiempo, por lo cual los resultados fueron a menudo decepcionantes.

Los años siguientes serían muy decepcionantes para Mao. En la primavera de 1959 se registrarían de nuevo violencias en el Tibet, lo cual produjo tensiones y fricciones con la India.

El Comité Central celebró una importante Conferencia de Trabajo, que duró desde diciembre de 1964 hasta enero de 1965, en ella Mao tomó varias decisiones trascendentales. Decidió poner en marcha entonces una minuciosa revisión del partido, que pasaría a la Historia con el nombre de Revolución Cultural ampliamente conocida y aireada en todo el mundo.

Las relaciones con la Unión Soviética habían ido erosionándose cada vez más desde 1960, tanto, que la URSS acabó por retirar de China a todos los expertos y se puso fin a la ayuda rusa. Las relaciones se hicieron aún más tensas al estallar la guerra chino-india en 1962, durante la cual la Unión Soviética ayudó no poco a la India.

Así las cosas, tenía que producirse la ruptura final, que llegó en julio de 1963, cuando la Unión Soviética firmó el Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares. Mao decidió entonces denunciar el nuevo tratado y posponer de una manera indefinida las conversaciones bilaterales sostenidas hasta entonces entre ambos países.

Los hechos acaecidos en los meses que precedieron a la puesta en marcha de la Revolución Cultural quedaron en parte oscurecidos por la escalada de la participación norteamericana en la guerra del Vietnam. Mao quería llevar a cabo un asalto directo al revisionismo en el seno del partido.

Una de las características más importantes de la Gran Revolución Cultural Proletaria —pues éste es el nombre completo— consistía en movilizar a hombres jóvenes, que serían llamados «guardias rojos», los cuales procedieron a atacar a los que ellos llamaban los «cuatro viejos», o sea, viejas ideas, cultura, costumbres y hábitos. Ello era un fiel reflejo del interés expresado por Mao de que la generación más joven recogiera la antorcha de la revolución. Así, el Grupo de la Revolución Cultural orientaba políticamente a los Guardias Rojos. En los puntos en que los maoístas habían tenido ya gran apoyo,

tanto los Guardias Rojos como los rebeldes revolucionarios alcanzaron rápidamente las necesarias «conquistas del poder».

La idea de Mao era la de sacudir por completo el sistema, para lo cual necesitaba que se produjera cierto desorden y desorganización, lo cual le permitiría conseguir mejor su objetivo.

A primeros de setiembre de 1968 se habían constituido ya los últimos de los veintinueve comités revolucionarios metropolitanos. El 1.° de abril de 1968 inicióse el IX Congreso del partido, que duró hasta el 24 del mismo mes. Se llamó el «Congreso de la Unidad y de la Victoria», y durante el mismo, Mao pronunció dos breves charlas.

La Revolución Cultural y el IX Congreso del partido, que, al parecer, habían constituido un éxito, confirmaron sólo el estilo de Mao para el desarrollo revolucionario social y nacional. Más que una lucha por el poder político, la revolución cultural constituyó una subversión de los valores y actitudes tradicionales.

Al principio de la década de los 70, China había progresado de una manera formidable. Abundaban las pruebas del progreso en todos los órdenes y en todos los campos. Pero tal desarrollo era amenazado por dos factores de índole exterior: el bloqueo económico de los Estados Unidos y la creciente enemistad de la Unión Soviética. Sobre todo la amenaza soviética era inmediata y abrumadora, ya que la URSS había acumulado un impresionante número de unidades militares a lo largo de la frontera con China.

Así estaban las cosas cuando, el 5 de octubre de 1971, se anunció oficialmente que Kissinger visitaría nuevamente Pekín. China consiguió otra importante victoria diplomática al lograr su admisión como miembro de las Naciones Unidas y la consiguiente expulsión de Formosa. Empezaba a triunfar la llamada «línea revolucionaria» de la diplomacia de Mao. Esta satisfactoria nueva línea diplomática no excluía de su campo de acción a la Unión Soviética. Según parece, Mao, a través de Chu En Lai, procuraba evitar nuevas fricciones con la Unión Soviética, e incluso dejaba entrever la posibilidad de un eventual arreglo futuro. Pero, de momento, y oficialmente, Mao se veía obligado a formular críticas contra la Unión Soviética.

Durante los años 1971 a 1973, los observadores políticos se preguntaban cuál sería la situación de los altos dirigentes chinos, ya que tales dirigentes —elegidos durante el IX Congreso del partido— se habían fraccionado en dos bandos. Se especulaba sobre esto cuando surgió la sorpresa del anuncio del X Congreso del Partido Comunista de China. Y la sorpresa fue que tal Congreso se había celebrado ya (entre el 24 y el 28 de agosto), cuando se anunció el mismo (29 de agosto de 1973). También al X se le dio le etiqueta de «Congreso de Unidad», de «Victoria» y de «plenitud de vigor». En él se adoptó la nueva X Constitución del partido y se eligió un nuevo

Comité Central.

Mao aprovechó la ocasión para aclarar ciertos temas sobresalientes y para ofrecer una imagen de un partido ampliado y reconstruido, que sin duda conseguiría las metas revolucionarias esenciales, libre ya de las trabas y de las embarazosas y contraproducentes manifestaciones extremistas que habían caracterizado muchas de las aportaciones de Lin Piao.

Se dijo entonces que el X Comité Central estaba compuesto por 195 miembros y 124 suplentes, y que en su composición había ancianos, de mediana edad y jóvenes, nueva forma de combinación, llamada de «tres-en-uno», y que reflejaba fielmente la determinación de Mao de que trabajaran juntas tres generaciones de líderes, al objeto de que quedara bien claro que se respetaba la experiencia y de que no faltaban sucesores, siempre en plena formación.

Dos personajes políticos, muy importantes hasta entonces, fueron expulsados del Partido: Lin Piao y Chen Po Ta. El primero, por ser considerado como «un oportunista burgués, conspirador, falso revolucionario, renegado y traidor». En cuanto a Chen, fue llamado «principal miembro de la pandilla anti-Partido de Lin Piao, elemento del Kuomintang anticomunista, trotsquista, agente del enemigo y revisionista».

En su informe al Congreso, Chu En Lai reconoció, aunque superficialmente, que había quedado mostrada la «rectitud» de las líneas política y organizativa del partido expuestas en el X Congreso. Se le atribuyó a Lin una interminable lista de crímenes,

y lo más sorprendente de ellos era que, al parecer, estaban supuestamente ideados para llevar a cabo una nueva forma de revisionismo.

En líneas generales, el informe de Chu En Lai no era más que la manifestación directa de los puntos de vista sustentados por Mao. En la nueva Constitución del Partido no se citaba para nada, ni explícita ni implícitamente, al sucesor de Mao, aunque en la mente de todos se imponía el condidato más lógico, o sea, Wang Hung Wen, según el cual —y siguiendo también en esto la línea de Mao—, se ha de profundizar en las esferas ideológica, política y económica, transformar todas esas partes de la superestructura que no se hallan de acuerdo con la base económica socialista, y promover muchas y grandes revoluciones políticas, como la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Resumiendo el informe de Wang, podríamos decir que era algo más «radical» que el de Chu y que reflejaba en gran parte mucho de lo que ya había expuesto Mao en agosto de 1973. Los documentos del X Congreso del partido pueden considerarse, en conjunto, como un texto puramente maoísta, ya que incluían la mayor parte de los principios esenciales que habían de informar la conducta y la vida de todos los miembros del partido. Como es lógico, la referencia a Lin Piao como sucesor de Mao que figuraba en la Constitución anterior, fue eliminada en la nueva.

Hacia finales de 1973, Mao quiso dejar bien sentado que seguía siendo la máxima autoridad en China, y como demostración de ello, y sin que nada lo

justificara, trasladó de pronto a cierto número de altos jefes militares regionales. Ya hacía algún tiempo se venía comentando —al parecer, sólo eran comentarios— que algunos de los jefes militares habían establecido en sus respectivas regiones una especie de autonomía, y de tal amplitud, que en ocasiones era algo discutible la autoridad ejercida por Pekín sobre ellos. Desde luego, había motivos para sospechar, pues muchos comandantes permanecían en sus puestos hacía largos años. Los cambios efectuados por Mao —casi en silencio— afectaron a once regiones militares, y tenían el aspecto de simples permutas.

Pero Mao no se limitó solamente a estos cambios, sino que nombró comisarios políticos, cerca de altos jefes militares, a tres miembros civiles del Politburó.

A partir de finales de 1973, Mao ordenó una nueva campaña tendente a educar, tanto al pueblo como a los cuadros, sobre ciertos puntos que él consideraba básicos. Así, hizo coincidir un movimiento anti-Confucio con la campaña anti-Lin Piao, en un intento de demostrar que Lin había aspirado a restaurar el sistema antiguo, de la misma forma que lo hiciera Confucio en su tiempo. Y paralelamente a la condenación de Confucio, se producía la exaltación del primer emperador chino: Chin Shih Huang-ti. El «progresismo» de éste se hacía contrastar con el «retrogradismo» de Confucio, aunque lo cierto es que Mao manipuló sabiamente la figura del primer emperador de los señores feudales, al objeto de establecer, más que un parecido, un paralelismo entre

dicho emperador y los logros del comunismo chino gracias a Mao.

En plena senectud, y tras muchos años de revolución y de lucha, Mao siguió manteniendo el control de su pueblo, por lo menos hasta el punto en que era posible, dadas las limitaciones naturales de una persona al frente de un país tan inmenso como China, con sus peculiares características de país surgido prácticamente del feudalismo, su estado de desarrollo y su idiosincrasia.

Hasta en su lecho de muerte, Mao no dejó de insistir en que la Revolución se había de llevar a cabo hasta el final, hasta la consecución de los objetivos que se había fijado en unos tiempos ya lejanos: el que los recursos del país, pocos o muchos, fuesen distribuidos equitativamente entre todos.

La Revolución china fue, en gran parte, la revolución de Mao. Más aún, y aunque la perspectiva histórica sea todavía escasa, podemos asegurar que tal revolución no es imaginable sin Mao. Y esto es algo que sienten todos los chinos, los cuales han comprobado asimismo que, pese a haber alcanzado la más alta magistratura de la nación, Mao no dejó de ser nunca un hombre del pueblo, humilde y sencillo, que supo predicar no sólo con la palabra, sino también con la eficacia del ejemplo, único que hace abortar las críticas negativas y arrastra a las masas.

Si preconizó unos valores ascéticos —por los que

clamaba una lógica austeridad— para salir del desastre económico, él fue el primero en practicarlos, el primero en hacerlos suyos. Dedicado a servir al pueblo, y poniendo toda su vida como ejemplo de tal servicio, no es de extrañar que las masas creyeran firmemente en él y lo siguieran y apoyaran en sus decisiones.

La idea política central de Mao era la de que los revolucionarios, si no quieren acabar con la Revolución, no pueden ni deben dormirse en sus laureles, y que no basta poner en práctica hoy los valores de mañana con el convencimiento de que ello sólo ayudará a conseguir la sociedad del futuro, que se espera siempre mejor que la de ayer. Mao creía que los hombres deben ser aguijoneados sin cesar, si quiere uno que se mantengan siempre en marcha hacia el estado final. La Revolución no morirá si se «está encima de ella» de una manera consciente y sus líderes no se apartan del pueblo y buscan siempre el bienestar del mismo. Y para ello no bastan los discursos ni las advertencias verbales. En realidad, no hay ningún medio para ello.

Mao intuyó que el líder revolucionario no ha de emplear siempre las mismas técnicas, sino que ha de idear continuamente otras nuevas. Sin ello, la Revolución sucumbiría de por sí a causa de la debilidad inherente al hombre. No debe desmayar en su compromiso con los objetivos revolucionarios.

Y también en esto predicó Mao con el ejemplo, pues bajo su dirección, la Revolución china fue una interminable serie de renovaciones revolucionarias, provocadas casi siempre mediante hábiles manipula-

ciones, tan correctas como oportunas. En menor proporción, fueron el resultado del desarrollo natural de las contradicciones, que culminaron en la lucha y logro revolucionario.

No creemos que Mao pueda ser acusado, como han hecho algunos, de defender la lucha y la revolución permanente como finalidades en sí mismas, porque Mao no fue un irracional o un tonto. Cometió errores, por supuesto, y algunos de ellos, graves. Por ejemplo, el culto a Mao, a su personalidad, es materia de cita obligada para cualquier crítico o historiador del gran líder chino.

Por otra parte, Mao podrá haber sido un déspota, pero, como dicen algunos, «un déspota beneficioso», ya que no se puede olvidar la multitud de cosas positivas realizadas en un país tan inmenso y que fue calificado por Sun Yat Sen como «un puñado de arena suelta».

Cuando Mao conquistó el poder, es dudoso que la Revolución china hubiese llegado tan lejos sin la instauración de un sistema autoritario. Lo que se le ha de conceder a Mao es que intentó realizar sinceramente los elevados objetivos que se propuso para su país. Y durante toda su vida apuntó más hacia los objetivos, que a lograr los medios para conseguirlos.

Mao dijo en cierta ocasión que no le gustaban en modo alguno los llamados «cuatro grandes». Se refería a los cuatro epítetos con los que hemos iniciado este breve esbozo sobre «Mao, su obra y su entorno»: Gran Maestro, Gran Líder, Gran Jefe Supremo y Gran Timonel, que se le empezaron a aplicar cuando alcanzó el apogeo el culto a su personalidad, durante la Revolución Cultural, al término de la década de los 60. Y añadió que tales apelativos acabarían por ser eliminados tarde o temprano, para quedar sólo el de «maestro», y con minúscula. Porque, en efecto, Mao fue maestro de escuela primaria en Changsha —como ya hemos dicho—, antes de cambiar por completo su vida al convertirse al comunismo. Y afirmaba que, pese a haber dejado la práctica del magisterio, por vocación y temperamento seguía siendo maestro y lo sería hasta su muerte, pues jamás había dejado de enseñar, de una manera u otra.

No podemos cerrar esta breve biografía del líder chino y de su obra sin hacer alguna referencia a su obra poética, que contribuyó no poco a su popularidad entre los intelectuales de todos los matices.

Por ejemplo, cuando el Ejército Rojo dispersó a dos divisiones lanzadas contra el mismo en mayo de 1928, el júbilo de Mao expresóse en el poema siguiente, ampliamente difundido desde entonces:

Al pie de la montaña
ondeaban nuestras banderas.
Sobre su cima
sonaban nuestras cornetas y tambores.
Una miríada de enemigos
nos rodeaba.
Pero nos mantuvimos firmes
y no cedimos terreno.
Nuestra defensa fue fuerte
como un poderoso muro.
Nuestras voluntades unidas
para formar una fortaleza.
Desde Huangyanchieh
llegaba el retumbar de las armas.
¡Y el ejército de nuestros enemigos
huyó en la noche!

O cuando, en la primavera de 1931, Mao y Chu vencieron a un ejército muy superior al suyo, al que derrotaron en una serie de cinco batallas, Mao expresó una vez más su desbordante alegría con estos versos, que se hicieron también famosos:

Sobre la cima de la Montaña de la Nube Blanca, las
[nubes se comprimen más.
Debajo de la Montaña de la Nube Blanca, los gritos
[se hacen más desesperados.
Madera seca y árboles huecos se juntan para la lu-
Avanza un bosque de fusiles. *[cha.*
Los veloces generales descienden precipitadamente
[desde el vacío a la batalla.

Hemos arrasado ejércitos mil veces más fuertes
[como si enrolláramos una alfombra.
Alguien está llorando.
¡Cuán amargamente lamenta la estrategia del avan-
[ce paso a paso!

O cuando las fuerzas de Mao capturaron un paso bien fortificado, lo cual inspiró estos versos al líder chino:

Frío sopla el viento del Oeste.
Lejos, en el helado aire, gritan los patos salvajes
a la luz de la luna matutina.
A la luz de la luna matutina,
los cascos de los caballos repican vivamente
y enmudece el clarín.
No digáis que el paso está defendido con hierro.
Este mismo día, de un paso lo cruzaremos.
Lo cruzaremos.
Las colinas son azules como el mar,
y el sol agonizante es como la sangre.

O cuando, finalmente, un cuerpo de Ejército perdió las dos terceras partes de sus animales de carga y cada una de las cordilleras posteriores exigió terribles esfuerzos para vencerlas, Mao expresó en los versos siguientes la enorme tortura física de estas pruebas sobrehumanas:

¡Montañas!
Más rápido espoleo mi caballo, sin abandonar jamás
[mi montura.
¡Arranco al alzar mi cabeza, pues el cielo está a tres
¡Montañas! *[pies de mí!*
Como mares rizados con olas rodantes,
como mil sementales encabritándose y sumergién-
[dose en lo profundo de la batalla.
¡Montañas!
¡Traspasando el azul del cielo, afiladas sus cimas!
¡Las olas caerían
si su fuerza no las sostuviera!

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona

¿Cómo era Mao? ¿Qué se propone China? ¿Se producirá mañana la Tercera Guerra Mundial? Por vez primera, un guardia de la Ciudad Prohibida, donde vivió Mao, revela el verdadero testamento del Gran Timonel. A través de las últimas palabras de Mao y de su viuda, Chiang Ching, este libro aporta la clave de las actuales luchas entre facciones, de las que saldrá el nuevo señor de la China... y del mundo del mañana.

Deben de ser muy importantes las razones que impulsaron al guardia Li a hacer las revelaciones a Gérard Boulakian. Es el primer chino que se atreve a hablar después de la muerte del caudillo chino. Mañana, sin duda, lo harán otros. Y serán personajes más importantes. Es el lógico estallido verbal, incontenible, que sigue a la muerte de todo dictador, como si el mutismo impuesto durante años rompiera todos los diques para sacar a la luz verdades ocultas, engañosas apariencias, clamores sofocados. Gérard Boulakian cede la palabra al guardia Li...